

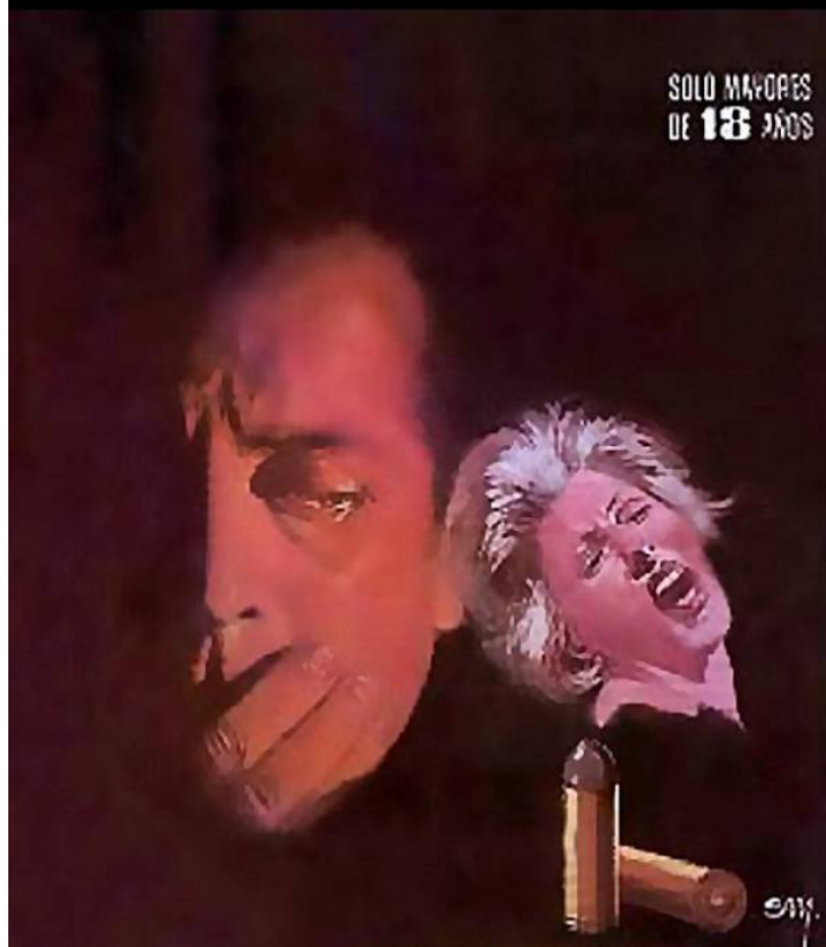
SERVICIO
SECRETO

SS

RED SINIESTRA

Adam Surray

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS





SERVICIO SECRETO



ADAM SURRAY

RED SINIESTRA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.571

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.565 - Venecia, parada y muerte.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

878 - El último de los McClure

En Colección **KANSAS:**

1.162 - Yo soy la ley.

En Colección **PUNTO ROJO.**

863 - La ley del asfalto.

En Colección **COLORADO:**

1.141 - Escrito con sangre.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

433 - Llano sombrío.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

480 - Phantom Ranch.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 23.89. 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre, 1980

© Adam Surray - 1980
Texto

© Jorge Sempere - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona- 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Peter Hampton vació el vaso de *whisky*.

Quedó con la mirada fija en el fondo del recipiente.

—¿Qué te ocurre, Peter? ¿No funcionan bien las cosas?

Hampton contempló ahora al individuo situado tras el mostrador.

El bueno de Gary.

Siempre preocupado por los problemas del prójimo.

—No del todo bien. Gary. Llevo dos semanas sin trabajar. Y en lo que va de mes sólo he conseguido actuar un par de veces como «extra».

—Eso no es lo tuyo, muchacho.

—Cierto, pero no hay donde elegir.

—¡Maldita sea. Peter! ¡Eres el mejor! No hay ninguno como tú. Para todo tipo de escenas. Puedes saltar de un coche en llamas, arrojarte por un abismo, caerte aparatosamente del caballo, sortear una estampida de búfalos... ¡Eres el mejor!

—Eso mismo le digo a mi casero cuando me presenta los atrasos.

Gary chasqueó la lengua.

Maquinalmente pasó un trapo por el limpio mostrador.

—No puedo ayudarte económicamente. Peter: pero sí encontrarás en mí alguien dispuesto a escucharte.

Hampton entornó los ojos.

Contempló más detenidamente a Gary.

Sí.

No había duda.

Aquel bastardo era un morbosos que disfrutaba con los problemas ajenos.

Peter Hampton descendió del taburete arrojando unas monedas sobre el mostrador.

—Otro día, Gary. No quiero hacerte llorar.

Abandonó el *snack*.

Los multicolores luminosos de neón ya plagaban Laws Street. Toda la ciudad de Los Ángeles era como un gigantesco nido de luciérnagas. Desde Hollywood a Santa Mónica, de Brentwood Park hasta el Silver Lake...

Al diablo con la crisis energética.

Peter Hampton caminó con las manos introducidas en los bolsillos de la chaqueta de piel.

Él sí estaba en crisis.

Lo más triste es que realmente era uno de los mejores «stunt-man»^[1] que operaban actualmente en Hollywood.

Y sus dos últimos trabajos fueron de «extra» indio y de comparsa en un filme de catástrofe.

Se detuvo para encender un cigarrillo.

Frente a un comercio de muebles.

Vio su imagen reflejada en uno de los espejos.

La de un hombre joven. Atlético. De agraciado rostro... y con muy mala estrella.

—¡Eh, hermano...!

Peter Hampton ladeó la cabeza.

Parpadeó contemplando a la muchacha que le llamaba desde el asiento de un deportivo «Corvette».

Miró a izquierda y derecha.

No había nadie más.

Forzosamente tenía que dirigirse a él.

Se aproximó al auto.

—Perdona que haya interrumpido tu paseo —sonrió la muchacha—, pero estoy en dificultades. Llevo pocos días en Los Ángeles y me he despistado. Busco la Link Street. ¿Puedes orientarme?

Hampton demoró unos instantes la respuesta.

Los dedicó a admirar a la muchacha.

Muy joven. De unos veintidós años de edad. Cabello castaño, recogido en gracioso peinado que resaltaba su rostro de perfecto óvalo. Ojos oscuros, nariz perfilada, labios carnosos... y lo demás.

Lo demás estaba enfundado en un ceñido vestido de corta falda. Sentada al volante mostraba una buena porción de sus muslos protegidos por *pantys*. Sus senos pugnaban desafiantes sobre la tela

hasta marcar los salientes y provocativos pezones.

—Pues... Link Street no está lejos de aquí, pero sí es complicado el trayecto. Debes enfilear por la Slate Avenue y...

—¿Dónde está la Slate Avenue?

—Es la tercera bocacalle a la izquierda. Luego tienes que...

—¿Estás muy ocupado? —interrumpió nuevamente la joven, añadiendo—: ¿Qué te parece si me acompañas? Como recompensa te invitaré a una copa en mi apartamento. ¿Qué dices?

Nada.

Peter Hampton no dijo nada.

Se había quedado sin habla.

Reaccionó sacudiendo la cabeza.

—Que me parece un sueño.

—¡Magnífico! Toma tú el volante —la muchacha se deslizó al asiento contigo—. Me llamo Glenda. Glenda Craven.

—Peter Hampton.

—¿Eres de Los Ángeles?

Hampton bordeó el auto. Sin abrir la portezuela se introdujo ágilmente frente al volante.

—De San Francisco, pero llevo aquí algunos años.

—Tienes aspecto de actor de cine. ¿Me equivoco?

—¿Has visto *El coloso en llamas*? Pues yo era uno de los bomberos que sujetaban la manguera.

Glenda rió divertida.

—Me ha estado bien empleado por curiosa. Discúlpame. Me encuentro muy sola y disfruto hablando.

—No me ha molestado la pregunta —Hampton enfiló hacia la Slate Avenue—. Ciertamente estoy en el mundo del cinema. Soy «stunt-man». ¿Qué haces tú en Los Ángeles?

—Voy a ocupar plaza en la Bridges Company. Estoy aquí con una compañera haciendo unos cursillos por cuenta de la empresa. Permaneceré un mes. Hemos alquilado un apartamento en el 2071 de Link Street.

El entusiasmo de Hampton descendió unos enteros.

—¿Tu compañera no se enfadará por invitarme al apartamento?

—Karen no está. Pasará la noche fuera de Los Ángeles.

La euforia retornó a Hampton.

Incluso se catalogó como un tipo afortunado.

El «Corvette» dejó atrás la Slate Avenue. Tres cruces más por el endiablado tráfico de Los Ángeles y se adentró por Link Street.

—¿Has dicho el 2071?

—¡Ajá! Peter...

—¿Sí?

—No quiero que me juzgues mal por... por invitarle. Me encuentro muy sola. Y la soledad, en una ciudad con más de siete millones de habitantes, es aún más deprimente.

—Te comprendo perfectamente, Glenda. En ocasiones me enfrento a ese mismo problema.

—Por la entrada del *parking*. Peter —señaló la muchacha—. Desde allí tomaremos el ascensor.

El auto quedó en el *parking* subterráneo.

Descendieron del vehículo para acudir hacia uno de los ascensores del edificio.

Glenda pulsó el mando correspondiente a la octava planta.

—Yo ya he cenado, Peter. ¿Y tú? Si quieres puedo prepararte...

—No, gracias. También he cenado —dijo Hampton, recordando el reseco *sándwich* servido por Gary—. Eres una chica encantadora.

—Y tú me resultas muy simpático.

Peter Hampton se disponía a premiarla con un beso, pero el ascensor abrió la compuerta señalando el fin del recorrido.

Glenda, con un bolso en bandolera, avanzó por el pasillo deteniéndose frente a una de las puertas.

Extrajo una llave.

—Adelante, Peter. Considérate en tu casa.

Penetraron en el apartamento.

La muchacha deslizó una puerta de doble hoja que comunicaba el *living con el salón*.

—Ahí tienes el mueble-bar. Creo que hay de todo —indicó Glenda—. Yo tomaré un poco de *whisky* con soda.

Sí.

Un mueble-bar bien surtido.

Whisky, vodka, *brandy*, ginebra, ron, zumos envasados...

Peter Hampton sirvió dos vasos de Johnnie Walker. Sólo en uno de ellos añadió soda. Acudió junto a la muchacha.

Glenda se había dejado caer en el largo sofá, despojándose de los zapatos.

—Tengo los pies hechos polvo. No he parado en todo el día. Me he recorrido el Griffith Park Zoo; Marineland... En Los Ángeles hay muchas cosas que admirar.

—Eso es para turistas —comentó Hampton, acomodándose en el sofá y ofreciendo el vaso a la muchacha—. Yo puedo mostrarte la cara oculta de Los Ángeles. Lo más excitante de la ciudad.

—¿De veras? ¡Acepto encantada, Peter!

—Por nosotros.

Bebieron al unísono.

Mirándose a los ojos.

Peter Hampton depositó su vaso sobre la cercana mesa. Tomó también el de Glenda para seguidamente posar sus manos sobre los hombros femeninos.

La atrajo contra sí.

La besó en la boca.

Los labios de Glenda le recibieron entreabiertos.

Peter Hampton, sin interrumpir el beso, deslizó las manos hacia los ceñidos senos de la muchacha. Se apoderó de ellos en ávidas caricias. Dejó los gordezuelos labios de Glenda para besarla en el cuello a la vez que la reclinaba lentamente sobre el sofá.

—Peter, no...

Hampton ni tan siquiera escuchó aquella tenue negativa.

Deslizó el cierre del vestido. Aquello le permitió introducir su diestra por el escote y entrar en contacto directo con los pechos femeninos. Los amasó en lascivas caricias, percatándose de su dureza, de su exuberancia...

Los gemidos placenteros de la muchacha fueron silenciados por los labios de Hampton al besarla nuevamente en la boca. Su diestra abandonó los prominentes senos deslizándose audaz hasta cobijarse bajo la falda del vestido.

Glenda se removió inquieta.

Acentuando su jadear.

—No, Peter... Aquí no —la joven le rechazó—. Espera... aquí no...

Glenda se incorporó roja como la grana.

—Glenda...

—Espera... Dame cinco minutos... Te llamaré, Peter.

La muchacha abandonó el salón.

Hampton vació el vaso de *whisky*. Se levantó del sofá para servirse otra dosis. Encendió un cigarrillo, pero lo aplastó a medio consumir.

Fueron unos cinco minutos muy largos.

Eternos para Hampton.

Y Glenda no llamaba.

Peter Hampton empezó a pasear nerviosamente por la estancia. En uno de aquellos ir y venir se asomó al pasillo.

—¡Eh, Glenda!... ¿Te has olvidado de mí?

Al no recibir respuesta avanzó hacia la entrecubierta puerta del corredor. Empujó la hoja de madera.

Un dormitorio de dos camas.

Hampton quedó inmóvil bajo el umbral.

Contemplando perplejo el desorden reinante en la habitación.

Los cajones de la mesa de noche volcados sobre una de las camas. También abiertos y desordenados los cajones del armario. Al igual que los del tocador.

La ventana de la habitación estaba abierta. Era visible la escalera de incendios del edificio.

—¡Glenda...! ¿Estás aquí?

Hampton se adentró en la estancia.

Entre el armario y el tocador estaba la puerta que comunicaba con el cuarto de baño: Peter Hampton abrió esa puerta.

Allí estaba Glenda.

En el suelo.

De bruces.

Con la cabeza ladeada.

De la entreabierta boca asomaba la punta de la lengua. Sólo el *panty* de su pierna izquierda. El otro lo tenía salvajemente anudado al cuello.

La escena paralizó a Hampton.

No fue capaz de reaccionar.

Ni tan siquiera cuando escuchó el ruido de la puerta tic entrada al apartamento. Sonó una voz femenina.

Y un taconear por el corredor.

—¡Glenda...! Soy Karen... ¿Estás en casa?

Peter Hampton retrocedió.

Al tiempo en que una muchacha de rubios cabellos entraba en la

habitación. Palideció al verle.

—¿Quién es usted...? ¿Qué hace aquí?

—Yo... yo no...

—¿Dónde está Glenda?

La muchacha se adelantó unos pasos.

Los suficientes para descubrir el cuerpo de Glenda tendido en el suelo.

Un desgarrador alarido brotó de la boca de la muchacha. Desvió sus aterrorizados ojos hacia Hampton.

Y gritó de nuevo.

Con todas sus fuerzas.

—¡Asesino...! ¡Asesino...!

CAPÍTULO II

El teniente Edward Lowell entró en el despacho, acomodándose en el sillón giratorio situado tras la mesa escritorio.

Fijó su mirada en Peter Hampton.

—Acabo de hablar con los muchachos de dactiloscopia. Ya han terminado en el apartamento. Sólo tus huellas. Hampton. Únicamente las tuyas.

—¡Había alguien más! ¡Alguien que entró a robar y al verse sorprendido, mató a Glenda!

—Karen Scott, la compañera de apartamento, ha declarado que no falta nada.

Peter Hampton mesó nerviosamente los cabellos. Removiéndose inquieto en la silla.

—Oiga, teniente... le he dicho la verdad. ¡Yo no la maté! El ladrón se atemorizó al cometer el crimen y escapó sin llevarse nada. Huyó por la escalera de incendios.

El teniente Lowell, del Departamento de Homicidios, suspiró ruidosamente.

—Estamos perdiendo mucho tiempo. Hampton... ¿Por qué no confiesas la verdad?

—¡Estoy diciendo la verdad!

—¡No, maldita sea! —gritó con más fuerza el teniente golpeando la mesa con el puño derecho—. ¡Tú la mataste! ¡La estrangulaste y luego te dedicaste a registrar el apartamento en busca de dinero! Te sorprendió la llegada de Karen Scott. No la esperabas, ¿verdad? Karen suspendió su proyectado viaje presentándose de improviso.

—Yo no...

—Okay, muchacho. No querías matarla, pero ella sospechó algo. Trató de gritar y tú...

—¡No la maté!

Edward Lowell volvió a resoplar.

—Estás poniendo las cosas muy difíciles, Hampton. Si colaboras es posible que seas juzgado por homicidio, pero en caso contrario tendrás dificultades. ¿Qué te parecería una acusación de asesinato? Sí, muchacho. Tú tenías proyectado matarla. Lo planeaste al verla conducir el «Corvette». La imaginaste forrada de dólares y esperabas sacar tajada. Fríamente anudaste la media a su garganta y luego, con toda tranquilidad, te dedicaste a buscar el dinero.

—No... no puede acusarme de eso...

—Tranquilo, Hampton. Sospecho que no era tu intención matarla. Confiesa y presentaré tu caso como homicidio. Es la mejor solución para ti. No tienes otra salida. Tus huellas están por todas partes. No tienes ningún tipo de antecedentes penales. Es una buena baza a tu favor, Sólo querías unos pocos dólares, ¿no es eso? Estabas sin trabajo y con dificultades económicas. No era tu intención matarla. ¿Qué te parece si empezamos de nuevo? Cuéntame todo, muchacho. Cuando firmes tu confesión haré constar que fue espontánea y a los pocos minutos de entrar en el Departamento. Olvidaré estas horas que me has quitado de dormir, ¿conforme?

—Quiero un abogado.

El teniente de Homicidios enrojeció.

Cerró los puños, aunque se contuvo de golpear la mesa.

—Correcto, Hampton. Tú te lo has buscado. Puedes llamar a un abogado, Y dile que la acusación es de asesinato.

Te aconsejo los servicios de Perry Masón. Y aun así dudo que...

El sonido del interfono situado sobre la mesa interrumpió al policía.

Pulsó la palanca correspondiente.

Brotó una voz del aparato.

—El inspector Walker del FBI quiere hablarle, teniente.

—Hacedle pasar. Que venga también el agente Plummer.

Edward Lowell volvió a pulsar la palanca del interfono.

—El agente Plummer te conducirá a una confortable estancia, Hampton. Pasarás lo que queda de noche con nosotros y mañana el juez decretará tu traslado a prisión. Nos volveremos a ver el día del juicio.

Se abrió la puerta del despacho.

Edward Lowell se incorporó para estrechar la mano de un

individuo de unos cincuenta años de edad.

—Hola, Philip. Te hacía en Miami.

—De allí vengo. Edward. Suponía que aún estarías por aquí trabajando y decidí hacer una visita a los viejos amigos.

Otro hombre hizo su aparición.

Carraspeó desde el umbral del despacho.

—Adelante, Plummer... Hágase cargo del sospechoso —dijo el teniente Lowell—. Redacte el correspondiente informe para el juez del distrito.

Peter Hampton se levantó de la silla.

Fue entonces cuando el inspector Philip Walker reparó en él. Y una súbita palidez se apoderó de su rostro.

Lowell reparó en ello.

—¿Te ocurre algo Philip?

—Un momento —el inspector del FBI cortó el paso de Hampton—. Es... es increíble... ¿Cuál es su nombre?

—Peter Hampton.

Philip Walker sacudió la cabeza.

Una mueca de estupor seguía reflejada en su rostro.

Parpadeando incrédulo con la mirada fija en Hampton.

—¿Se puede saber qué ocurre. Philip?

—Sí. Edward. Ahora te lo explicaré.

Peter Hampton abandonó el despacho escollado por el agente Plummer.

Se le dio autorización para llamar a un abogado.

¿Perry Masón?

No hubiera sido mala solución.

—No... no conozco a ningún abogado.

El agente Plummer se encogió de hombros.

—Eso es asunto suyo, hermano; pero no desespere. Por aquí vienen muchos abogados. Haré que uno de ellos le visite, ¿de acuerdo?

Peter Hampton fue recluido en una de las celdas preventivas.

Estaba solo.

Al sentarse en el camastro ocultó el rostro entre las manos. Tras permanecer unos instantes inmóvil se tumbó quedando con la mirada fija en el techo.

Le parecía estar viviendo una pesadilla.

Horas atrás estaba en un confortable apartamento, con un vaso de *whisky* y en compañía de una bella muchacha.

Feliz por la perspectiva de una noche inolvidable.

Ahora la muchacha estaba muerta y él acusado de asesinato.

Sí.

Ciertamente jamás olvidaría aquella noche.

* * *

El agente Plummer cumplió su palabra.

Le había enviado un abogado.

Un tal Joseph Jagger. Un individuo joven, inteligente y de carácter impulsivo y abierto.

—No puedo ocuparme de tu caso. Peter: aunque me he informado sobre él. Yo estoy aquí con el *habeas corpus* para un cliente y el agente Plummer me ha puesto en antecedentes. Sabe que en mi gabinete trabajamos varios abogados más, pero ninguno de mis colegas aceptaría tu caso. Y no es por cuestión de dinero.

—¿Entonces...?

Joseph Jagger extrajo una cajetilla de «Dunhill».

Ofreció un cigarrillo a Hampton.

—Seré sincero. Peter. No nos gusta defender causas perdidas. Según mis informes no has firmado declaración alguna y te confiesas inocente de la muerte de esa muchacha.

—¡Soy inocente!

—Ése es el inconveniente, Peter. Si te declararas culpable se podría actuar. Presentaríamos el caso como homicidio, se buscarían atenuantes... Hay cientos de posibilidades de salir con una pena mínima: pero siempre que te declararas culpable de esa muerte.

—No puedo declararme culpable. ¡Yo no la maté!

—Creo que no me comprendes. Yo podría convencer al jurado de una serie de circunstancias que te impulsaron al delito. Lo que me resultaría imposible es demostrar tu inocencia. Las únicas huellas que han encontrado en el apartamento son las tuyas. ¿Sabes quién dio aviso a la policía? Una vecina del piso inferior. Estaba asomada a la ventana que comunica con la escalera de incendios cuando escuchó los gritos. Esa vecina asegura que llevaba en la ventana unos quince minutos. Y no vio bajar a nadie por la escalera de incendios.

—Pero... había alguien más en el apartamento.

—¿Un fantasma? —Joseph Jagger consultó el reloj—. Disculpa. Peter, pero mi cliente está esperando. Voy a darte un consejo gratuito. Sospecho que te acusarán de asesinato. Si tú sigues declarándote inocente durante el juicio la sentencia será acorde con la acusación. Y no habrá abogado capaz de rebatir los argumentos del fiscal. Piénsalo detenidamente, Peter. Si cambias de opinión puedo recomendarte un par de abogados que harían una buena labor.

Peter Hampton volvió a quedar solo en la celda.

Le resultaba difícil asimilar el razonamiento de Joseph Jagger.

No lo comprendía.

Él era inocente.

—¿Por qué tenía que declararse culpable?

Deambuló como fiera enjaulada por la reducida celda.

Ya pronto amanecería un nuevo día.

Y la pesadilla continuaría con el juez decretando el ingreso en prisión hasta que se celebrara la causa.

Se abrió la puerta de la celda.

Apareció Philip Walker, el inspector del FBI.

Muy sonriente.

—Buenos días, Hampton. ¿Quiere tomar un *whisky* conmigo?

CAPÍTULO III

El «Pontiac» enfiló por Silver Street.

—¿Adónde vamos? —preguntó Hampton, perplejo.

Philip Walker dobló el volante adentrándose por una de las bocacalles.

—Ya te lo he dicho, muchacho. Tomaremos un *whisky* y...

—¿Estoy en libertad? ¿Han capturado al asesino de Glenda Craven?

El inspector del FBI desvió momentáneamente la mirada del parabrisas para posar sus ojos en Hampton.

—Empiezo a creer en tu inocencia... No, Peter. No han cazado al asesino. Tú sigues siendo el sospechoso número uno. Y me temo que pronto pasarás a culpable. Me he documentado sobre tu caso. Tienes muy pocas posibilidades. A decir verdad, una sola posibilidad.

—¿Cuál?

Philip Walker no respondió.

Pisó a fondo el pedal del gas.

El escaso tráfico de aquellas primeras horas del amanecer permitió una buena velocidad al «Pontiac».

El vehículo se detuvo frente a un pequeño *bungalow* de Murray Road.

El inspector del FBI tomó un portafolios del asiento trasero.

—Ya hemos llegado. Peter. Acompáñame.

Los dos hombres descendieron del auto.

Philip Walker abrió la puerta de entrada al *bungalow* iluminando el *living*. *Guió a Hampton hasta un despacho de severo mobiliario.*

—Toma asiento, Peter. ¿Demasiado pronto para un *whisky*?

—Lo necesito.

Walker descubrió las botellas camufladas en el mueble-biblioteca. Con una botella de «Johnnie Walker» y dos vasos se situó

tras la mesa escritorio.

Peter Hampton se había apoderado de la tabaquera y encendía un largo emboquillado. Succionó el cigarrillo ávidamente.

—Ha sido una mala noche, ¿verdad, Peter?

—Sí, maldita sea.

—Yo puedo hacer que termine tu pesadilla, Peter —el inspector sirvió el *whisky*—. Supongo que en el despacho del teniente Lowell te habrás percatado de mi sorpresa.

—Me contempló como si fuera un marciano.

Walker sonrió.

—Más bien un fantasma. Sí. Un fantasma, Peter. Eso eras para mí. Echa un vistazo a esto.

El hombre del FBI abrió el portafolios.

Extrajo un sobre que tendió hacia Hampton.

Contenía varias fotografías. En color. De un individuo de unos treinta años. De correctas facciones. Atlético.

Peter Hampton parpadeó.

Incrédulo.

El contemplar una de las fotografías, un primer plano del rostro del individuo, era como el estar mirándose a un espejo.

Aquel individuo era su doble exacto.

Un perfecto sosias.

La misma complexión física, el cuadrado mentón, la finura de labios, la perfilada nariz, el color de los ojos, el bronceado de piel... incluso el mismo peinado ladeado hacia la izquierda.

De no ser por la deportiva y elegante vestimenta, por los escenarios lujosos que complementaban cada fotografía, hubiera jurado que se trataba de él mismo.

—¿Quién es?

—Tu hermano gemelo —sonrió Walker.

—Yo no tengo hermanos.

—Estas fotografías parecen indicar lo contrario, ¿verdad, Peter? El parecido es más que asombroso. De ahí que me sorprendiera al verte. Creí estar frente a Patrick Murphy. Ése es el nombre del fulano de las fotografías. Patrick Murphy. Falleció hace cinco días.

Peter Hampton depositó las fotografías sobre la mete.

Exhaló una bocanada de azulado humo.

—Ahora comprendo su perplejidad. Creyó que el Murphy había

resucitado.

—Y me sorprendía mucho. Patrick Murphy se despeñó con su Alfa Romeo «Spider». Circulaba a más de doscientos kilómetros por hora. Cayó por uno de los acantilados más profundos y escarpados de toda Florida. El auto se incendió tras rebotar en cuantas rocas encontró en su alucinante caída. Fue imposible descender al acantilado para rescatar el cadáver. Utilizamos hombre ranas que, desde el mar, llegaron junto a los restos del vehículo. Chatarra quemada y Patrick Murphy convertido en cenizas. Algo muy lamentable.

—¿Era un agente del Federal Bureau of Investigation?

La pregunta de Hampton hizo reír al inspector.

En sonora carcajada.

—Todo lo contrario. Patrick Murphy pertenecía a una organización del crimen emplazada en Miami. La organización de Hardy Buckman. Controla el vicio organizado en todo el estado de Florida. También las drogas. Últimamente la organización Buckman emprendió un nuevo tipo de actividades que disgustó al FBI. Está sembrando los EEUU de espías comunistas. Procedentes de Cuba. Les proporciona identidad falsa e incluso a algunos de ellos los presenta como exiliados de Castro. Lo cierto es que esos espías están ocasionando un grave peligro a la seguridad del país. El extraordinario poder e influencia de la organización Buckman le permite introducir a esos espías en los lugares más estratégicos. Individuos que no sólo se limitan al espionaje científico, industrial o bélico, sino que desde sus puestos de trabajo en empresas e industrias clave, ocasionan sabotajes para mermar la economía, sembrar el caos y promover conflictos laborales.

Peter Hampton esbozó una sonrisa.

—El FBI aún sigue con la táctica de Hoover.

—¿Qué quieres decir?

—John Edgar Hoover, en sus largos cincuenta años como director del FBI siempre culpó a los comunistas el promover huelgas y conflictos laborales.

—Hoover murió, Peter. No nos guía la fiebre anticomunista. Nos consta que la organización Buckman promueve una legión de espías que, dada su procedencia, sospechamos comunista; pero también es posible que Hardy Buckman los utilice en su beneficio y vender la

información al mejor postor. Y en cuanto a los sabotajes, bien pudieran ser pagados por una empresa rival. En la Windstone Company de Chicago fueron voladas recientemente sus instalaciones de IBM. Los daños superaron muchos millones de dólares. Su competidora, la Gates & Bak,

se hizo cargo de la lista de clientes. Es sólo un ejemplo, pero puedo ofrecer cientos de ellos donde imaginamos la mano oculta de la organización Buckman. El espionaje industrial está a la orden del día. Esa nueva actividad en Hardy Buckman le está proporcionando más beneficios que el vicio organizado y las drogas.

—Y al FBI muchos quebraderos de cabeza.

—Cierto, Peter. ¡Pensar que hace tan sólo cinco días creíamos tener solucionado el problema! —Walker vació el vaso de *whisky*. Chasqueó la lengua, añadiendo—: Sí, muchacho. Habíamos estado tanteando a uno de los hombres de confianza de Buckman. Llegamos a convencerle. Total inmunidad y una nueva identidad en un país sudamericano. Todo ello a cambio de que nos proporcionara la lista de agentes de la organización Buckman. Ultimamos el trato. Y el día en que iba a proporcionarnos tan prometedores documentos, se despeña por un acantilado.

—¿Era Murphy?

—Sí. Patrick Murphy, el brazo derecho de Buckman, estaba dispuesto a traicionar a la organización y entregarnos la lista y pruebas contra su jefe; pero el muy estúpido jugó a las carreras de Le Maris por el estrecho sendero de los acantilados de Streep Rock.

—Sin duda fue obra de Buckman. Sospechó la traición y le liquidó averiando los frenos o...

—No, Peter. Hardy Buckman no sospechaba nada. Llevamos el trato en el más riguroso secreto. Sólo yo y contados agentes del Federal Bureau of Investigation conocíamos la proyectada traición de Murphy. Buckman lo ignoraba. Lo demuestra el hecho de que todavía está buscando a Patrick Murphy.

Hampton arqueó las cejas.

—¿Buscando a Murphy? No comprendo...

—Muy sencillo. Hemos ocultado la muerte de Patrick Murphy. Nadie está al corriente de ella. El FBI seguía a Murphy cuando ocurrió el accidente. De inmediato ordené que se acordonara

aquella zona simulando un desprendimiento de tierras para que nadie circulara ni tuviera conocimiento del accidente.

—¿Con qué fin?

El inspector Walker se encogió de hombros.

—En principio fue algo instintivo. La reacción de un policía que está a la caza de una pieza valiosa. No me resignaba a aquella pérdida. Del incendiado y retorcido Alfa Romeo no sacamos nada. Todo aquello fue pasto de las llamas. Cuando el auto llegó a lo profundo del abismo era pura chatarra quemada. De Patrick Murphy mejor no hablar. Trozos de su desmembrado cuerpo aparecieron calcinados por entre las rocas. Un cadáver-*puzzle* incapaz de completar por falta de piezas, ignoro si Murphy llevaba encima las pruebas, aunque lo dudo. Nuestra cita era para el día siguiente.

—¿Por qué le seguían?

—Simple rutina. Patrick Murphy nos iba a proporcionar un verdadero tesoro. No queríamos perderle de vista.

—Y le han perdido para siempre.

Philip Walker ahogó un suspiro.

Llenó de nuevo los vasos.

—La fatalidad, muchacho. Ocurren hechos absurdos. Murphy telefona, me cita para el día siguiente, asegurando que entregará un amplio *dossier* contra Hardy Buckman y la relación de agentes... y pocas horas más tarde muere en accidente automovilístico. ¡Absurdo! Igual que tu comprometida situación. Peter. De elegido a placentera noche amorosa con una mujer pasas a culpable de asesinarla. ¿No es también absurdo?

—Sí, maldita sea mi estampa...

—Tranquilo, Peter. Yo creo en tu inocencia y estoy dispuesto a ayudarte. En estas últimas horas de la noche me he dedicado a investigar sobre la vida y milagros de Peter Hampton. Eres un tipo muy activo. Boxeador en San Francisco a los veinte años de edad. Conductor de *tráiler* con mercancía peligrosa a los veintidós... un buen número de trabajos al cual más dispar: pero todos ellos con el halo de la aventura y el riesgo. Llevas tres años en Los Ángeles. Mucho tiempo como *stunt*-man, ¿no?

—Ya empezaba a aburrirme.

—Ningún punto oscuro en tu vida, muchacho. Sin antecedentes.

Nada... excepto aquel leve incidente en la Dignam Company de Sacramento. Cuando boicoteaste la salida de los camiones.

Peter Hampton sonrió.

—Quedé fichado, ¿verdad?

—Sí. Por agitador. Aquel día, en Sacramento, se proyectaba una manifestación en favor de ciertos líderes sindicales que predicaban el comunismo. Hubo huelgas ilegales y disturbios. Tú capitaneaste una de esas huelgas.

Hampton tomó otro cigarrillo.

La sonrisa se acentuó en su rostro.

—Esos líderes... «comunistas» no predicaban el comunismo, sino la lucha obrera contra ciertas injusticias. Me coloqué a favor de ellos. No me gustan las injusticias.

—Lo comprendo. Máxime cuando eres víctima de una.

—¿Qué pretende de mí, inspector? ¿Por qué estoy aquí y no camino de prisión?

—Creí que lo habías adivinado.

Peter Hampton fijó su mirada en las fotografías.

Desvió seguidamente sus ojos hacia Walker.

—¿Patrick Murphy?

—Eso es. Patrick Murphy. Vas a ocupar su lugar, muchacho.

CAPÍTULO IV

El Inspector palmeó repetidamente sobre las fotografías.

—¿No te das cuenta, Peter? Es un sorprendente e inaudito golpe de suerte. Tu asombrosa semejanza con Patrick Murphy abre de nuevo las esperanzas del FBI. Llego a Los Ángeles para asistir a un rutinario congreso anual y me encuentro con el fantasma de Patrick Murphy. Sí, muchacho. Eres su doble perfecto.

—No cuente conmigo.

—Un momento, Peter. Déjame hablar. Es nuestra gran oportunidad. Cuando ya consideraba fracasado el asunto me encuentro contigo. Casi de inmediato se me ocurrió el plan. De ahí que investigara sobre tu persona. No tienes antecedentes penales ni...

—¿Olvida la acusación de asesinato?

Philip Walker sonrió inclinándose sobre la mesa.

—Todo lo contrario. Tú suplantas a Patrick Murphy y el FBI se compromete a cazar al asesino de Glenda Craven.

—No acepto.

—¿Por qué?

—Detesto al FBI.

Walker enrojeció.

Difícilmente mantuvo la sonrisa en los labios.

—Eso son tonterías, Peter.

—Detesto al FBI, la CIA, al NSC y demás organismos de presión.

—¿Te has vuelto loco, muchacho? ¡Estamos al servicio del país!

—Hay muchas formas de servir al país. No niego algunos valores positivos del Federal Bureau of Investigation, pero los negativos desnivelan aparatosamente la balanza.

—Acabar con las ratas como Hardy Buckman es positivo.

—Tal vez, pero es asunto que no me incumbe —dijo Hampton, succionando el cigarrillo con indiferencia—. Para eso está el FBI.

—¿Lo has pensado bien, Peter?

—No necesito pensarlo.

Philip Walker se encogió de hombros.

Consultó el reloj.

—Okay. Yo sólo he perdido el tiempo, pero tú has echado por tierra la única posibilidad de salir con bien del caso Glenda Craven.

—No se consideren superiores, inspector. El Departamento de Homicidios puede ser igualmente eficaz. El teniente Lowell descubrirá al asesino.

—El teniente ya tiene solucionado el caso, muchacho. Tú eres el culpable y no investigará más. Me lo confirmó cuando le sugerí sacarte de allí para exponerle un asunto *top secret*. Me dijo si quería alguna escolla. Para Lowell tú eres el asesino.

—No hay pruebas de que...

—No seas ridículo. ¿Pruebas? Te encontraron junto al cadáver. ¡Aún caliente! ¡Solos en el apartamento! ¡Tú y el cadáver! Nadie utilizó la escalera de incendios. No hay el menor indicio de que otra persona saliera del apartamento. Se han encontrado huellas. ¡Las tuyas!

Hampton apretó con fuerza las mandíbulas.

—Yo no la maté.

—Es posible, muchacho, pero resulta ridículo perseguir a un fantasma cuando tú te ofreces como sospechoso ideal. Cargarás con el crimen. Peter. Dudo que el asesino se presente voluntariamente a confesarse culpable.

Peter Hampton quedó en silencio.

Sopesando las palabras del inspector.

Philip Walker volvió a insistir.

—Prometo que todos los medios del FBI serán dedicados a la captura del asesino de Glenda Craven.

—¿Qué ocurrirá si no logran capturarlo?

—El caso quedaría archivado. La muerte de Glenda Craven ocasionada por persona o personas desconocidas.

—Pero... el teniente Lowell...

—El teniente Lowell recibirá órdenes muy tajantes. A todos los efectos. Peter Hampton jamás pisó el Departamento de Homicidios. Se olvidarán de ti. Ni San siquiera se recordará tu nombre.

Hampton volvió a guardar unos segundos de silencio.

Enfrentó su mirada a Walker.

—No acepto. Lo que me propone es suicida. Suplantar a Patrick Murphy y hacerme con el *dossier* que iba a entregarles, ¿no es eso?

—Correcto.

—Aun en el caso de que nuestro parecido físico fuera cómo el de dos gotas de agua, me descubrirían de inmediato. No lograría engañarles un solo segundo. Apenas cruzar unas palabras... ¡Maldita sea! ¿Qué sé yo de Patrick Murphy y sus relaciones con Buckman y la organización?

—No te preocupes por eso, muchacho —sonrió Walker—. Tengo una buena idea. Aparecerás en un hospital cercano a Miami. Allí figurará que llevas días internado. Desde el día de tu... desaparición. No olvides que Buckman y sus hombres siguen buscando a Patrick Murphy. Se alegrarán cuando casualmente les llegue la noticia del descubrimiento del Alfa Romeo de Murphy abandonado en un bosque. Investigarán. Alguien les dirá que el propietario del auto está en el hospital de Cotten Hill. Allí acudirán jubilosos.

—¿Y luego?

—El doctor les dirá que sufriste un choque con el auto. Un golpe en la cabeza. Diagnosticará amnesia total. No recuerdas nada. Ni tu propio nombre. ¿Comprendes ahora, Peter? No te harán preguntas. Únicamente tratarán de ayudarte a recuperar la memoria. Tú, mientras tanto, te las agencias para encontrar la relación de espías dirigidos por Buckman.

Hampton parpadeó.

Sorprendido.

Aunque reconocía la astucia del plan denegó con leve movimiento de cabeza.

—No... No puede salir bien.

—Fracasaría si intentara inculcar en tu mente la personalidad de Patrick Murphy. No cometeré ese error. Tú, escudándote en esa pérdida total de memoria, estás al amparo de comprometedoras respuestas. Ninguna situación embarazosa se producirá.

—Pueden llevarme a un especialista...

—¿Y qué? No existe especialista capaz de demostrar que estás fingiendo. Es más, saldrás airoso de cualquier prueba. No estarás fingiendo, ya que desconoces realmente quién es Hardy Buckman,

Stan Yougson, McCarey... y los pormenores de la organización.

Tampoco yo te informaré sobre ellos.

—¿Por qué no? Sería más fácil mi cometido.

—Sí, pero también una imprudencia te sentenciaría. Es preferible que ignores todo detalle. Los aprenderás poco a poco. Ellos te lo enseñarán. Ellos te ayudarán a que recuperes la memoria. Ni que decir tiene que cuanto antes encuentres la lista que nos interesa, tanto mejor. No es prudente permanecer mucho tiempo en la boca del lobo.

—Sigo opinando que es descabellado.

—Eres un tipo inteligente, Peter. En un par de días encontrarás la forma de hacerte con la lista. Tampoco estarás solo. Podrás comunicarte conmigo si la situación se complica y siempre contarás con un par de agentes del FBI cerca de ti.

—¿Dentro de la organización?

—No, maldita sea —masculló Walker—. Eso no lo hemos conseguido. Todo intento fracasó. Ahora será distinto. Tú eres... Patrick Murphy. El hombre de confianza de Buckman. Su protegido.

Peter Hampton se incorporó.

Empezó a pasear nerviosamente por la estancia.

—Aún no estoy muy convencido, inspector.

—No hay tiempo para vacilaciones, Peter. Decide. Hoy mismo emprendes vuelo a Miami... o ingresas en prisión acusado del asesinato de Glenda Craven.

Hampton detuvo su deambular.

Se aproximó a la mesa.

Dirigió a Philip Walker una despectiva mirada.

—¿Se da cuenta, inspector? ¿Comprende ahora mi desprecio al Federal Bureau of Investigation? ¿Sabe ya lo que significa para mí un organismo de opresión?

—Estoy obligado a estos métodos, muchacho. Tú, los hombres como tú, me obligan a ello. ¿Acaso nos ayudarías desinteresadamente? ¿Te ofrecerías voluntario?

—No, inspector, no... Ni borracho imaginé colaborar con el FBI.

—Entonces no me culpes de este... chantaje. Tú ofreces un sorprendente parecido con Patrick Murphy. Un verdadero milagro para el FBI que no puedo desaprovechar. El destino, que tan mala jugada nos hizo con Murphy, se ha puesto ahora a nuestro favor.

—Lo quiero por escrito, inspector.

Philip Murphy arqueó las cejas.

—¿El qué?

—Quiero que usted o cualquier otro pez gordo del Federal Bureau of Investigation me declare libre de toda culpa en la muerte de Glenda Craven. Quiero un documento que me garantice una vez cumplida la misión, con éxito o sin él, no ser perseguido por la muerte de Glenda Craven.

—De acuerdo, muchacho, aunque debería bastarte mi palabra.

—La historia del FBI está repleta de promesas incumplidas.

Philip Walker fingió no oír el comentario.

Se incorporó.

—En marcha, Peter. Procuraré fletar cuanto antes un avión privado que nos conduzca a Miami. No al Aeropuerto Internacional. Aterrizaremos en lugar discreto.

—Necesito ir a mi apartamento y recoger algunas cosas.

—¿Cosas de Peter Hampton? —sonrió Walker—. No, muchacho. Tú eres ahora Patrick Murphy. Olvídate de Hampton.

Abandonaron el *bungalow*.

—Oiga, inspector...

—¿Sí?

—¿Y si yo fuera realmente el asesino de Glenda Craven? Podría ir con el soplo a Hardy Buckman.

El hombre del FBI abrió la portezuela del auto.

Sonrió de nuevo.

—Ya he pensado en ello. Si nos traicionas la cotización de tu pellejo no alcanzará los cinco centavos.

—Puedo ser el asesino de Glenda y cumplir fielmente la misión.

—También nosotros cumpliríamos lo pactado.

—¿Libertad para un asesino?

Philip Walker entornó los ojos.

Endureció las facciones.

—Sí, muchacho. Voy a serte sincero. Me importa muy poco que seas o no el asesino de Glenda Craven. Te necesito para aplastar a Hardy Buckman. Si para conseguirlo dejo en libertad a un asesino es algo que no me preocupa. Es el imperio de Buckman el que está originando infinidad de víctimas inocentes.

—Apuesto que no es el primer asesino que pacta con el Federal

Bureau of Investigation.

—¿Te declaras asesino de Glenda? No, no me respondas... Ya te he dicho que no me importa.

Entre el león y la liebre me inclino por la caza del león.

—La liebre siempre es fácil de cazar, ¿no es cierto?

—Sigues desconfiando —rió el inspector—. Ahora mismo redactaré el documento y lo depositas en la caja fuerte de un banco o donde quieras. No se te molestará por la muerte de Glenda Craven.

Se acomodaron en el auto.

—¿Tiene un cigarrillo?

—Ahí, Peter. En el salpicadero... ¡Maldita sea! ¿Te das cuenta, muchacho? Hay que tener mucho cuidado. Ahora eres Patrick Murphy. Debí llamarte Patrick. Incluso cuando estemos a solas. Peter Hampton ha muerto.

Philip Walker puso el auto en marcha.

Hampton encendió un cigarrillo.

Las palabras del inspector habían quedado grabadas en su mente.

«Peter Hampton ha muerto».

Sí.

Tenía esa impresión.

La de ser un cadáver viviente.

Si no le mataban los hombres de Hardy Buckman tal vez lo hiciera el propio Federal Bureau of Investigation.

El FBI.

¿Por qué no?

Dos piezas de un solo tiro.

El león... y la liebre.

CAPÍTULO V

Llevaba largos minutos frente al espejo del cuarto de baño. Su mente repetía incansable un nombre.

Una y otra vez.

Patrick Murphy.

Patrick Murphy.

Patrick Murphy...

Había llegado al Sand Hospital el día anterior. Después de seis horas de vuelo. Los Ángeles-Miami.

En compañía del inspector Philip Walker.

Con todo tipo de precauciones fue instalado en aquella habitación del Sand Hospital. A pocas millas de Miami.

Y el inspector del FBI desapareció.

Sin darle información alguna.

Únicamente la de esperar acontecimientos y con la sola advertencia de que borrara por completo su anterior identidad.

Patrick Murphy.

Patrick Murphy...

Sí.

El *stunt*-man de Hollywood había dejado de existir.

Su nombre ya no sería pronunciado.

Se abrió la puerta de la habitación.

—¡Señor Murphy...!

Patrick Murphy giró abandonando el contiguo cuarto de aseo.

En el centro de la estancia se hallaba el doctor Masón. Hombre al servicio del Federal Bureau of Investigation.

—Tengo buenas noticias para usted, señor Murphy. Ya le advertí ayer que, al ser localizada su documentación, pronto obtendríamos resultados positivos. Alguien viene a buscarle.

—¿Mi... mi esposa?

El doctor Masón sonrió.

También él desempeñaba muy bien su papel.

—Es usted soltero, señor Murphy. Sin familia, pero con muy buenos amigos. Uno de ellos, sin duda el mejor de todos, está aquí. El señor Buckman.

Por la abierta puerta surgió un individuo.

De unos cincuenta años de edad. De voluminosa figura. Rostro mofletudo y grasiento. Sus morcillosos dedos adornados con un par de valiosas sortijas.

—¡Patrick, muchacho! —El individuo se abrazó a Murphy—. ¿No me reconoces? Soy Hardy. ¡Hardy Buckman!

—Yo... yo... no...

—Ya le he dicho que no recuerda nada, señor Buckman —indicó el doctor Masón, cerrando discretamente la puerta—. La mente de Patrick Murphy está en blanco. Totalmente. Ayer, cuando un policía de tráfico me presentó la documentación y comprobé que correspondía al paciente, le notifiqué cuál era su nombre. Ni el menor parpadeo. El nombre de Patrick Murphy no le decía nada.

—No es posible que...

—Lo es, señor Buckman. Puedo ofrecerle una versión de los hechos. Deducida por los datos del policía de tráfico. Cerca de aquí, en Sand Park, han encontrado un Alfa Romeo «Spider» estrellado contra un árbol. Un auto abandonado y saqueado. El choque fue leve. El golpe sufrido por Patrick Murphy fue insignificante, pero originó un estado de amnesia. El señor Murphy deambuló sin rumbo. Casualmente llegó hasta aquí. En mangas de camisa, fatigado, con manchas de sangre... Fue hospitalizado. Una vez repuesto, y cuando se procedía a tomar su filiación, no pudo responder a ninguna de las preguntas. Ningún dato sobre su persona. Nuestro especialista diagnosticó amnesia total.

—¿Cuántos días lleva aquí?

—Siete días. Me sorprende que no le haya localizado antes, señor Buckman. Hemos dado parte a la policía de Tampa. Allí tenían su descripción.

Hardy Buckman forzó una sonrisa.

—No se me ocurrió acudir a la policía. Oiga, doctor... ¿cuándo recuperará la memoria?

Masón se encogió de hombros.

—No hay respuesta concreta para su pregunta, señor Buckman.

Con ayuda y cuidados se irá recuperando lentamente. Tal vez recuerde todo de súbito... o puede que jamás recupere su pasado.

—Le pondré en manos del mejor especialista de Florida. Patrick Murphy es como un hijo para mí.

Los ojos de Hardy Buckman se nublaron.

Parecía próximo a llorar.

—No pierda la esperanza, señor Buckman. Ni usted tampoco, Murphy. Al retornar a casa, al deambular por lugares anteriormente frecuentados, el hablar con amigos... Todo ello irá abriendo brecha en su mente. Poco a poco irá recordando.

—Uno de mis secretarios pasará a abonarle los gastos ocasionados. Le estoy muy agradecido, doctor.

—Hemos cumplido con nuestro deber, señor Buckman.

—¿Podemos irnos ya?

—Por supuesto. El señor Murphy se encuentra en perfecto estado físico. Adiós, muchacho. Espero nos visite una vez restablecido.

—Gracias por todo, doctor.

Masón abandonó la estancia.

—Bueno, Patrick. Vamos a casa. Te cuidaré y pronto estarás bien. Lo importante es haberte encontrado. ¿Dónde tienes la chaqueta?

—No tengo chaqueta.

—¡Ah, es verdad...! Llévate el uniforme del hospital. No te importe. Tengo el helicóptero ahí fuera. Iremos directos a casa.

Patrie Murphy acudió a la mesa de noche.

Cogió de allí la documentación, una cajetilla de tabaco «Real» y un juego de llaves. Abandonaron el edificio.

En el jardín que circundaba el Sand Hospital, en una amplia explanada, se hallaba el helicóptero.

—¿Conoce estas llaves, señor Buckman?

—¡Por el amor de Dios, Patrick...! Llámame Hardy. Soy tu amigo. Esas llaves... Sí, claro. Las de tu Alfa Romeo, las de tu apartamento de Miami... Te las dieron con los documentos, ¿no?

—Sí. Solamente esto. La billetera, el dinero...

—No te preocupes por eso. Ni tampoco por el auto. Según mis informes los saqueadores casi lo han desguazado. Te queda el «Maserati» y toda la flota de la organización.

—¿Quién... quién eres, Hardy? ¿A qué me dedico yo? ¿Trabajo

para ti?

Los ojos de Buckman, redondos y diminutos, se empequeñecieron aún más.

Fijos en Murphy.

—Tranquilo, Patrick. Poco a poco irás conociendo cosas.

Se aproximaron al helicóptero.

Hardy Buckman hizo una seña al piloto.

Las hélices comenzaron a girar.

Murphy y Buckman se acomodaron en el interior del aparato.

El helicóptero se elevó emprendiendo el vuelo.

Poco más tarde sobrevolaba la paradisíaca Miami. Los lujosos hoteles bordeando la costa y enfrentados a las azules aguas de Biscayne Bay.

—¡Ésta es tu ciudad, Patrick! —gritó Buckman para hacerse oír—. ¿No te resulta familiar?

Murphy denegó con un movimiento de cabeza.

Y no mentía.

Era la primera vez que veía Miami.

Aquella maldita aventura tenía un lado bueno. El admirar una de las ciudades más bellas y excitantes de los EEUU.

El helicóptero cruzó la bahía.

El sol tropical producía destellos dorados en las aguas surcadas por las Causeways que unían Miami con Miami Beach. Bahías y canales eran serpenteados por infinidad de embarcaciones.

El aparato tomó tierra en Miami Beach.

Al norte de la ciudad.

En el jardín de un *bungalow* orientado a las tropicales aguas del Atlántico.

Murphy y Buckman descendieron del helicóptero que de inmediato reemprendió el vuelo.

Estaban junto a la pista de tenis. A la izquierda quedaba el *bungalow* y *parking*. Al fondo una sinuosa piscina en forma de ocho. También era visible, aunque algo más distante, un *yatch* en su privada cala de amarre.

—Ésta es mi casa, Patrick —dijo Buckman señalando toda la extensión—; aunque permanezco más tiempo en el *bungalow* de Miami. Desde allí dirijo los negocios. Tu apartamento está también en Miami, pero he preferido traerte aquí. Éste es un lugar más

tranquilo. Se puede decir que estamos aislados.

Llegaron al *bungalow*.

Sobre la tumbona de la piscina se hallaba una mujer.

Joven.

De singular belleza.

Estaba tomando el sol.

En traje de Eva.

A su lado un *cassette* hacía girar una cinta de The Who. Una pausa en la grabación hizo que la muchacha escuchara la voz de Buckman.

Se incorporó de un salto, corriendo hacia el porche del *bungalow*.

Murphy y Buckman ya estaban sobre el primer escalón. La joven interrumpió la carrera parpadeando perpleja. Con la mirada fija en Murphy.

También Patrick Murphy la contemplaba estupefacto. No todos los días se tenía ocasión de admirar aquel turbador espectáculo.

Un cuerpo joven de suave piel uniformemente bronceada. En todas sus partes. La muchacha tenía el pelo mojado. Incluso alguna gota de agua brillaba sobre su piel. Senos opulentos, de rosado pezón destacando en la bronceada curva. Vientre deliciosamente alabeado. Piernas de largos y esbeltos muslos. También en el ensortijado vello de su sexo se perlaban algunas gotas de agua.

—Es él... era él...

Buckman rió divertido.

—Sí, Barbra. Patrick está de nuevo con nosotros. También yo dudaba al acudir al Sand Hospital, pero es Patrick. Muchacho, quiero presentarte a Barbra Shawn.

—Encantado...

El estupor se acentuó en la joven.

—¿Qué diablos...?

—Por favor, Barbra —rió Buckman, más ruidosamente—. Modérate. Y cúbrete. Para Patrick eres una perfecta desconocida y estás escandalizándole con tu provocativa desnudez. Barbra quedó con la boca entreabierta.

Cuando quiso reaccionar. Buckman y Murphy ya habían penetrado en el *bungalow*.

En un amplio y lujoso salón se encontraban tres hombres. Dos de ellos jugaban al póquer, mientras el tercero mantenía entre sus

manos un cómic de la *Little Lulú*.

—Buenos días, muchachos —saludó Buckman—. Mirad quién está aquí.

Sólo el individuo del cómic saltó del asiento.

Los otros dos quedaron inmóviles.

—¡Infiernos...! ¡Es Murphy!

—Correcto, Alfred. El bueno de Patrick de nuevo en el hogar, pero con un pequeño problema.

El llamado Alfred arrojó el cómic.

—El millón de dólares. No tiene el millón de dólares. ¿Es eso?

Hardy Buckman chasqueó la lengua aproximándose al carro-bar para coger la botella de «Chivas Regal».

—¡Eh, Patrick...! Responde a la pregunta de Alfred. ¿Tienes el millón de dólares?

—¿Millón de dólares? No sé de qué...

—¡Lo había olvidado! —Buckman se palmeó la frente—. ¿Sabéis la noticia, muchachos? Patrick Murphy ha perdido la memoria. Amnesia. No recuerda nada. ¿Qué os parece el truco?

—Muy poco original —dijo uno de los jugadores de póquer.

La sonrisa desapareció del adiposo rostro de Buckman. Se transformó en una cruel mueca.

—Sí. Tienes razón, McCarey. Muy poco original. Adelante, muchachos. ¡Machacadle la cabeza! Pisoteadle las tripas hasta que aparezcan por la boca. Arrancadle la piel a tiras... Haced lo que queráis... ¡pero que escupa el millón de dólares que me robó!

CAPÍTULO VI

Bruce Kelly le sujetaba los brazos a la espalda.

Aunque ya no era necesario.

Patrick Murphy no hubiera ofrecido resistencia alguna.

Estaba ya semi inconsciente.

Sangraba por ambas cejas, nariz y labios. Tenía el rostro tumefacto. Los pómulos hinchados...

Alfred jadeaba sudoroso.

Al igual que McCarey.

Los dos habían realizado el castigo.

Implacables.

Sistemáticos y demoledores golpes al rostro, pecho, estómago...

—Creo que ya está fuera de combate —comentó Kelly—. ¡Pesa como el plomo!

—Suéltale.

La orden de Buckman fue cumplida.

Patrick Murphy cayó de bruces.

Alfred le «repasó» el costado con la puntera del zapato derecho.

Ni un solo gemido brotó de Murphy.

—Parece que nos lo hemos... No, todavía respira —sonrió McCarey—. Patrick siempre fue un fulano de mucho aguante.

—Tumbadle en el sofá y largaos. Ya os avisaré para la segunda parte.

Los tres hombres abandonaron el salón.

Barbra, reclinada en uno de los confortables sillones, movió la cabeza de un lado a otro.

—Estás cometiendo un error, Hardy.

—¡Cierra el pico!

La muchacha cruzó las piernas.

Lucía un modelo playero de audaz escote. Sus exuberantes senos asomaban al menor movimiento.

No obedeció la indicación de Buckman.

—Yo conozco bien a Patrick.

—¡También yo, maldita sea! —masculló Buckman, atizándose un trago de *whisky*—. Le haré escupir mi dinero.

—Era su chica. Le conozco mejor que tú, Hardy. Más... íntimamente. Patrick es una rata. Lo demostró al traicionarte quedándose con el millón de dólares. Abusó de tu confianza. Le dabas demasiado, Hardy. Era un buen elemento, pero le enviaste. Le hiciste ver el mágico mundo del poder. Y Patrick se volvió más ambicioso. Cuando le enviaste a la Rampling Company a cobrar el millón de dólares, no dudó. Aquella era su oportunidad. ¡Un millón de dólares!

—Me entregará hasta el último centavo. Y luego le mataré como a un perro.

—¿Qué hubieras hecho tú en su lugar. Hardy? ¡Un millón de dólares...! Desde Miami es fácil saltar a cualquier país sudamericano.

—De poco le hubiera servido. Le encontraría hasta en el mismísimo infierno.

Los gordezuelos labios de Barbra esbozaron una sensual sonrisa.

—Cierto, amor. Estos días movilizaste todo un ejército. Todos tus contactos en países sudamericanos fueron alertados. También todo Florida. Le hubieras encontrado en el infierno, pero jamás se te ocurriría ir a buscarle al Sand Hospital, ¿me equivoco?

—¿Dónde quieres llegar?

—Muy sencillo. Hardy. ¿Qué hacía Patrick en ese hospital? ¿Donando sangre? ¿Qué me dices del auto abandonado en Sand Park, de la documentación...?

—Todo es un truco. ¡Un truco de Patrick! Es astuto e inteligente.

—No lo niego; pero ¿qué adelanta con toda esta farsa? Llevaba siete días en el Sand Hospital. Según nuestros informes, ingresó el mismo día en que fue a la Rampling Company a por el millón de dólares. ¿No es ridículo?

—Tal vez para hacernos creer que el millón de dólares quedó en el auto y se lo llevó un vagabundo mientras él estaba en el hospital.

—Patrick no viajaría con un millón de dólares en el portaequipajes. Estaba planeando su huida cuando sufrió el accidente. Un golpe... y la amnesia.

—Es un truco.

—No, Hardy; Ya te he dicho que conozco bien a Patrick. Astuto, inteligente... y cobarde. No era adicto a las drogas por temor al pinchazo. No soporta el menor dolor. Le he visto gimotear por un dolor de muelas. Patrick sólo tiene fachada. Es frío, cruel, disfruta causando daño, se regocija con la sangre ajena; pero la sola contemplación de la suya le produce mareos. ¿Soportaría Patrick un castigo como éste? No, querido. Al menor golpe de Alfred hubiera confesado dónde está el dinero. Es capaz de vender a su propia madre por escapar del menor castigo físico. Ahora ha resistido sin despegar los labios. Sólo para decir que no sabe nada... que no recuerda...

Hardy Buckman se tiró del lóbulo izquierdo.

Pensativo.

—Es cierto... Patrick jamás hubiera soportado... ¿Será verdad, Barbra? ¿Crees que sufre realmente amnesia?

—Sí. Estoy segura.

—Entonces se complica el asunto.

—Sólo es cuestión de paciencia. Hardy. Y utilizar otros métodos. No forzar a Patrick. Poco a poco irá recuperando la memoria. Llegará Un momento en que recordará qué hizo con el millón de dólares.

—Y entonces le arrojaré a la bahía con unos zapatos de cemento.

—Eso es, pero mientras tanto, Patrick debe recibir todos nuestros cuidados. Avisa al doctor Hardwicke. El del Centro Psiquiátrico Douglas. Es de la organización, ¿no? Él nos señalará la pauta a seguir.

—Telefona tú a Hardwicke. Dile que se presente aquí de inmediato.

Barbra se incorporó acudiendo al teléfono, situado sobre uno de los muebles del salón. Mantuvo una breve conversación.

Al colgar el auricular sonrió a Buckman.

—Saldrá ahora mismo del Centro.

—Sigue sin sentido —comentó Buckman, contemplando al desvanecido Murphy.

—Le han atizado muy duramente.

—¡Maldita sea...! ¿Quién iba a imaginar que lo de la amnesia no era un truco? Debí recapacitar. El que permaneciera siete días en un

hospital... Eres inteligente, nena.

La muchacha se aproximó a Buckman.

Le echó los brazos al cuello.

Pegándose a él.

—¿Sólo inteligente?

Hardy Buckman besó ávidamente los entreabiertos labios de la mujer.

—El bastardo de Patrick te tenía muy escondida —murmuró Buckman, acariciando con sus gruesas manos el cuerpo femenino—. ¿Dónde te descubrió?

—En uno de tus negocios, Hardy. Era modelo en la sala de alta costura Starfish, Buckman introdujo las manos por el escote.

En sus ojos apareció un lascivo brillo al contemplar los desnudos pechos de Barbra.

Prominentes. Duros. Con erecto y redondeado pezón.

—Ciertamente tienes cuerpo de modelo.

La muchacha se separó.

Levemente.

Con marcada sensualidad deslizó las manos por los senos para luego sopesarlos provocativamente.

—Un poco... llenita, ¿no?

Buckman no respondió.

Había atrapado la cintura de Barbra, atrayéndola contra sí. La besó en el cuello hundiendo su mofletudo rostro en los opulentos pechos de la mujer. Besuqueándolos una y otra vez.

Barbra inició unos leves gemidos de placer que eran desmentidos por la indiferencia reflejada en su rostro.

Los ojos de la muchacha estaban fijos en el sofá, donde yacía Patrick Murphy.

* * *

—¿Y bien?

Charles Hardwicke denegó con un movimiento de cabeza.

—Su estado es lamentable, aunque creo que no tiene ninguna costilla rota. He curado las heridas de la cara y...

—¡Al diablo con eso! —interrumpió Buckman—. ¿Qué me dices de la amnesia? ¿Ha perdido realmente la memoria?

—No puedo afirmar ni negar nada, Hardy. Es imposible saber si está fingiendo; pero si se trata de un truco terminará por delatarse.

Puedo ingresarlo en el Centro y someterlo a pruebas.

—¿Se adelantaría algo?

—Podría llegar a saber si sufre amnesia, tras diferentes exámenes; aunque en mi opinión ha perdido en verdad la memoria. Al verme entrar, ni tan siquiera parpadeó. Yo era un perfecto desconocido para él. Pude leerlo en sus ojos.

—¿Cuál es tu consejo, Charles? ¿Ingresarlo?

El doctor Hardwicke dudó.

Movió nuevamente la cabeza de un lado a otro.

—Tal vez mediante hipnosis u otro tratamiento terapéutico lograra hacer que recupere la memoria, pero sería lento y con riesgos. Es preferible una recuperación instintiva. Deambular por lugares que fueron habituales para él, mantener conversaciones que poco a poco germinarán en su mente...; pero todo ello en una atmósfera de placentera calma, de cuidados... Imponerse por la violencia no es aconsejable. Hardy. Su mente podría eclipsarse de por vida.

—Okay. Le llevaremos en bandeja.

—He dado a Barbra unas recetas. Unos medicamentos que ayudarán a Patrick a coordinar mejor las ideas que asomarán en tropel a su mente. Ahora es como un niño que hay que enseñarle de todo.

—Angelito... ¡Maldita sea su estampa! —bramó Buckman—. ¡Me ha robado un millón de dólares y encima tengo que mimarle!

—Tranquilo, Hardy. ¿Quieres un calmante? Tengo aquí...

—¡Vete al diablo!

Hardy Buckman abandonó el salón avanzando por el corredor a grandes zancadas. Cuando se disponía a abrir una de las puertas se le adelantó Barbra.

—Duerme. Hardy. El doctor Hardwicke le ha suministrado un sedante.

—Regreso a Miami, Barbra. Ya he perdido demasiado tiempo. Tú te quedas al cuidado de Patrick. ¿Has hablado con el doctor?

—Sí.

—Entonces ya lo sabes. Muchos mimos para Patrick —el rostro de Buckman volvió a congestionarse. Difícilmente controlaba la ira—. El muy...

—Déjalo de mi cuenta. Hardy. En un par de días le haré recordar

el nombre de su ama de cría.

—Lo dudo.

—¿Con cuánto estarías dispuesto a recompensarme? ¿Un cinco por ciento?

—Cincuenta mil dólares es mucho dinero, aunque... ¿has dicho en un par de días?

—¡Ajá!

—Correcto. Un cinco por ciento. Suerte. Barbra. Si hay novedades, llámame. Alfred y McCarey quedan aquí contigo.

—Un momento. Hardy. Quiero carta blanca.

—Conforme. Sólo me interesan los resultados. Quiero el millón de dólares y la muerte de Patrick. Por ese orden.

—Entonces, déjame hacer a mí. Alfred y McCarey deben salir del *bungalow*. Lejos de la vista de Patrick.

Buckman empuñó los ojos.

Dirigiendo una suspicaz mirada a la muchacha.

—¿Por qué?

—Oh. Hardy... ¿no lo comprendes? Patrick está aterrado por la paliza. Ha recibido un castigo que para él no tiene explicación. Yo voy ahora a ponerle en antecedentes. Le hablaré de sus actividades, de los negocios de la organización... Luego iremos a su apartamento, cenaremos en Galaxia, baile en The Glass Slipper... ¿Crees que estaría tranquilo con Alfred y McCarey escoltándonos?

—No te pases de lista, nena.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez ha pasado por tu mente la idea de quedarte con el millón de dólares. No lo intentes.

—Como quieras —Barbra se encogió de hombros—. Que se queden tus gorilas.

—No, muñeca. Se hará como tú digas. Tú y Patrick solitos en el *bungalow*. Cena romántica en Galaxia, música... Vosotros no os percataréis de Alfred y McCarey; pero ellos no os quitarán los ojos de encima. Son muchos los que han osado traicionarme. Todos ellos están muertos. Recuérдалo. Barbra.

—Me conformo con los cincuenta mil y el contemplar la muerte de Patrick. Es suficiente premio para mí.

—¿También tú le odias?

Los ojos de la joven adquirieron un fuerte destello.

—Nos traicionó a los dos, Hardy. Se llevó tu millón de dólares... y yo no entraba en sus planes. Yo era su chica y me olvidó.

Buckman rió en desaforada carcajada.

Palmeó el trasero de Barbra.

—Tranquila, nena. Te prometo que la muerte de Patrick será todo un espectáculo. Saborearemos juntos el placer de la venganza.

CAPÍTULO VII

Patrick Murphy apartó el cigarrillo de sus maltrechos labios.

Exhaló una bocanada de humo.

—No es para sentirse orgulloso. En el Sand Hospital me hacía infinidad de preguntas. Mis manos tan cuidadas... ¿Médico? ¿Pianista...?

Barbra rió divertida.

—No has trabajado en tu vida, Patrick. De ahí esa finura. Los naipes o el gatillo de una «Luger» no producen rugosidad.

—Soy un... un...

—Un ejecutivo, Patrick. Eso es. Un ejecutivo al servicio de la organización Buckman. Te ocupas de los negocios más importantes.

—Y le traicioné llevándome un millón de dólares.

—No, querido. Tú jamás harías eso —mintió Barbra con aplomo—. Fue tu desaparición la que nos hizo creer tal cosa. Ahora comprendemos lo ocurrido. No te preocupes. Recuperarás la memoria recordando dónde está el millón de dólares y todo volverá a la normalidad. Yo era tu chica. Soy tu chica, Patrick.

—Creí que estabas con Hardy.

Barbra inclinó la cabeza.

Trató de ruborizarse, pero no lo consiguió.

—Me obligó, Patrick. Al principio incluso me golpeó, creyendo que yo estaba en complicidad contigo. Fue horrible...

Murphy se ladeó para depositar el cigarrillo sobre el cenicero de la mesa de noche.

Un gemido escapó instintivamente de sus labios.

—También a mí me han dado un buen repaso...

—¿Quieres seguir descansando?

—¡Oh, no...! Ya está oscureciendo. He dormido cerca de ocho horas. Me encuentro bien. Un poco dolorido, pero eso no tiene importancia.

—Si prefieres no salir...

—Cenaremos en Galaxia —sonrió Murphy—. Tal como tenías proyectado.

Barbra tomó un pañuelo.

Lo aproximó a los labios de Murphy.

—No debes sonreír muy frecuentemente. Has vuelto a sangrar...

Se miraron a los ojos.

Los carnosos labios de Barbra reemplazaron al pañuelo. Muy suavemente, posó su boca sobre la de Murphy. En cálido beso. Deslizó la lengua por los lastimados labios de Murphy. Bordeándolos en lascivo recorrido.

Patrick Murphy intentó abrazar a la mujer, besarla con más pasión; pero Barbra retrocedió levemente.

—No, amor... no debes hacer ningún esfuerzo... déjame a mí...

La muchacha deslizó los labios por el desnudo torso de Murphy, a la vez que su diestra iniciaba audaz caricia.

Fue experta.

Lujuriosa.

Cuando giró su rostro hacia Murphy, los ojos de la joven todavía brillaban libidinosos.

—Te encuentras más... relajado, ¿verdad, Patrick? Puede incluso que te haya recordado algo. En los momentos de tensión o cansancio solicitabas mis... masajes. Hemos pasado muy buenos ratos juntos. Patrick.

—Yo...

—No te preocupes, querido. Ya recordarás poco a poco. Voy a cambiarme. Tú encontrarás ropa en el armario. Ésta es tu habitación.

—¿Ésta?

—Tú y Stan Youngson disponéis de habitación en el *bungalow*. En muchas ocasiones pernoctabas aquí discutiendo asuntos con Buckman.

—¿Quién es Youngson?

Barbra sonrió.

—Tú eres el brazo derecho de Buckman. Stan Youngson es el izquierdo. Prostitución organizada, drogas y juego ilegal.

—¿Cuál es mi cometido dentro de la organización?

—Tú te ocupas de los otros negocios de Buckman. Los más

importantes. Hablaremos de ello durante la cena, ¿de acuerdo?

La muchacha abandonó la habitación.

Patrick Murphy se incorporó del lecho acudiendo al contiguo cuarto de baño.

Se sometió a una ducha fría.

Antes de vestirse aplicó un *espray* muscular recetado por el doctor Hardwicke para calmar los dolores del costado.

Se contempló en el longitudinal espejo del armario.

Un tipo elegante.

Chaqueta de lino color crudo con camisa de seda natural y pantalón azul marino. Únicamente desentonaba su rostro.

Ojo izquierdo hinchado, pómulos tumefactos, cejas rotas y labios amoratados.

Patrick Murphy procedió a registrar la habitación.

Sin encontrar nada de interés.

La llegada de Barbra le sorprendió inspeccionando uno de los cajones de la mesa de noche.

—¿Buscas algo, Patrick?

—Pues... estoy sin dinero... No es correcto que una mujer me invite a cenar.

La muchacha rió alegremente.

—Eres encantador. Patrick. Casi preferiría que jamás recuperaras la memoria. Antes no eras tan galante ni considerado. Te daré dos mil dólares que luego cargaré a Hardy, pero te advierto que tienes crédito ilimitado en los mejores *night-clubs* de Miami. ¿Nos vamos?

Abandonaron la habitación.

—¿Estamos solos en la casa?

—Sí.

—Me sorprende.

—Nos vigilan, Patrick; pero no debe inquietarte. Ya no volverán a hacerte daño. Hardy cree en tu estado de amnesia y desea tu rápida recuperación.

En el *parking* del *bungalow* se estacionaban tres autos.

Un Cadillac, un Chevrolet y un Ford.

Barbra abrió la portezuela del Ford.

Un «Mustang» coupé color hueso de dos puertas.

También ella se hizo cargo del volante.

Emprendieron el camino hacia Miami.

—¿Quieres que pasemos por tu apartamento antes de ir a cenar? Tengo las llaves. Echaremos un vistazo. Podemos incluso pernoctar allí sin necesidad de regresar a Miami Beach.

Murphy también tenía las llaves. Un duplicado proporcionado por el inspector Walker junto con la documentación. Para el FBI era fácil hacer duplicados. Incluido el Alfa Romeo.

—¿Tenemos permiso de Hardy?

—Sí, querido. Me ha dado carta blanca.

—Parece tener mucha confianza en ti.

Barbra sonrió fijando la mirada en el espejo retrovisor.

—En uno de esos coches que nos siguen cruzando la *causeway* hay hombres de Hardy Buckman. Alfred, Kelly, McCarey u otros. Yo no los conozco a todos. No, Patrick. Hardy desconfía de mí. Teme que si recuperas súbitamente la memoria pase por mi mente la idea de quedarme con el millón de dólares.

Murphy extrajo una cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo.

—Tú no harías eso, ¿verdad. Barbra?

La joven desvió fugazmente la mirada del parabrisas.

Dirigió a Murphy una significativa sonrisa.

—Por supuesto que no, Patrick. Compartiría el millón de dólares contigo.

* * *

En Arnaz Boulevard.

En el 2090 de Monti Road.

Una lujosa y moderna urbanización de apartamentos con vistas a la bahía. Pródiga en parques, piscinas, campos de golf y pistas de tenis.

Barbra estacionó en el *parking* del edificio.

Sonrió.

—Les he despistado.

Patrick Murphy se ladeó en el asiento, fijando los ojos en el cristal posterior.

—¿Por qué lo has hecho?

—Fue al salir de la *causeway* y saltarme inconscientemente un *stop*. Los demás autos quedaron rezagados. Apreté el acelerador al cruzar Biscayne Boulevard. Hemos dado muchas vueltas antes de llegar aquí. ¿Por qué? No lo sé, amor.

Ya te he dicho que se presentó la ocasión e instintivamente la aproveché. No me gusta ser controlada.

—Me estás mintiendo, Barbra.

—¿De veras?

—Sueñas con la posibilidad de que recuerde dónde está el millón de dólares.

Barbra rió en cantarina carcajada.

—En verdad sería un sueño. ¡Un millón de dólares...! Tú y yo disfrutando del dinero lejos de los EE.UU. ¿No sería maravilloso?

—¿Qué me dices de Hardy Buckman?

—Hablaríamos de ello con el millón de dólares en nuestro poder. Ahora es prematuro, ¿verdad? Sigues sin recordar.

—Nada.

La muchacha se inclinó sobre Murphy.

Le besó en los labios.

Aplastando sus voluminosos senos contra el pecho de Murphy.

—Tranquilo, amor... Todo llegará... y quiero ser la primera en saberlo. Es conveniente para los dos. No debes fiarte de Hardy. Aunque le entregaras el millón de dólares, quedaría con la sospecha de que intentaste traicionarle y ordenaría tu muerte. Confía en mí.

—Sí, Barbra.

—Magnífico. Vamos a ordenar un poco tu apartamento —la joven descendió del vehículo—. Hardy lo registró personalmente, acompañado de dos de sus hombres. Lo adecentaremos un poco para pasar la noche.

Penetraron en el edificio.

Uno de los ascensores les condujo a la planta doce.

Barbra introdujo la llave en una de las puertas del enmoquetado corredor.

Iluminó el *living*.

—Este apartamento te lo regaló Hardy —comentó Barbra abriendo la vidriera que conducía al salón—. Fue como recompensa a cierto trabajo que...

La muchacha enmudeció.

Al accionar el interruptor del salón descubrió la presencia de los tres individuos.

Los tres empuñaban armas con tubo silenciador acoplado al cañón.

—¿Quiénes son...?

Barbra tampoco ahora terminó de hablar.

Sonaron unos taponazos.

Patrick Murphy se arrojó al suelo, pero la muchacha no supo reaccionar con igual rapidez.

Recibió una de las balas.

Entre ceja y ceja.

Su linda cabecita sufrió una brutal sacudida al acusar el impacto.

Los otros dos proyectiles, al no encontrar a Murphy, hicieron estallar la puerta vidriera del salón.

Patrick Murphy gateó hacia el *living*.

—¡Maldito sea! —gritó una voz—. ¡Que no escape! ¡Hemos venido a por él!

Murphy se incorporó, abandonando precipitadamente el apartamento.

Antes de salir, una cuarta detonación hizo astillas en la puerta.

Murphy no se entretuvo en pulsar los mandos de llamada de los ascensores, sino que corrió hacia la escalera.

—¡Al ascensor, Ralph! Llegarás abajo antes que él. Elliot y yo le seguiremos por la escalera.

Aquellas órdenes fueron escuchadas por Murphy.

Descendió los peldaños de cuatro en cuatro.

Fuertes punzadas en el costado izquierdo le dificultaban la respiración, pero no por ello aminoró su veloz carrera.

Se pegó a la pared al percibir un siniestro silbar sobre su cabeza.

Al llegar a la planta ocho se percató del encendido piloto de «disponible» en uno de los ascensores.

Se introdujo en la cabina.

No pulsó la planta baja.

Allí podría estar esperando el tal Ralph.

Presionó el último de los botones superiores.

La planta dieciocho.

Al abandonar la cabina se precipitó hacia la salida de emergencia. En busca de la escalera de incendios.

Comenzó a descender los metálicos peldaños.

En vertiginosa carrera.

Pese a la oscuridad de la noche, débilmente compensada por los

distantes luminosos de neón de la fachada principal, pudo descubrir al individuo.

En una de las plataformas de la escalera de incendios.

Apuntándole con el revólver.

Patrick Murphy percibió el silbar de la bala en el momento en que iniciaba el salto.

Una acrobática y arriesgada pirueta.

Un salto mortal que envidiaría cualquier consumado trapecista.

Las manos de Murphy se aferraron firmes y seguras a uno de los barrotes a la vez que su cuerpo trazaba rápido semicírculo.

El individuo, perplejo por aquella proeza, perdió unos instantes de vital importancia. Cuando quiso disparar de nuevo ya era demasiado tarde.

Los pies de Murphy le golpearon violentamente en el pecho, proyectándole al vacío. Desde una altura de catorce plantas.

El desgarrador alarido del individuo se cortó a la altura del piso siete. Cuando su cabeza golpeó contra uno de los barrotes salientes. Al estrellarse contra el asfalto ya estaba muerto.

Patrick Murphy continuó descendiendo por la escalera de incendios.

Y de la salida de emergencia de la planta baja aparecieron los dos individuos.

Murphy retrocedió con rapidez.

—¡Allí, Arthur! —gritó una voz—. ¡Ya es nuestro!

Los dos hombres dispararon casi al unísono.

Patrick Murphy corrió por la callejuela. Conducía a la pista de golf. Eran visibles los postes luminosos.

Pronto quedaría bañado por aquella luz, pero no tenía otra salida ni camino.

Continuó corriendo:

Dominando el lacerante dolor que le dificultaba la respiración.

Saltó ágilmente la valla que protegía el campo de golf, aunque al reanudar la carrera trastabilló, cayendo sobre la hierba.

Gateó jadeante.

Bañado en frío sudor.

Las piernas le flaqueaban.

Fue entonces cuando escuchó el rugir del motor.

Quedó cegado por los faros del auto que avanzaba a gran

velocidad hacia él.

Tras un estridente chirriar llegó la voz.

Una voz femenina.

—¡Adentro. Patrick!

Murphy parpadeó estupefacto.

Contemplando perplejo a la mujer que conducía el «Skyhawk» descapotable.

Una bala le hizo reaccionar.

Los dos individuos disparaban desde la muralla.

Patrick Murphy saltó al interior del auto.

El auto rugió de nuevo, alejándose veloz por el campo de golf. Sin respetar las señales, rompió varias barreras hasta alcanzar una de las bocacalles que desembocaban en la Bolton Avenue.

El peligro había quedado atrás.

—Un buen susto, ¿eh, Patrick?

Murphy, todavía jadeante y sudoroso, contempló inquisitivamente a la mujer.

De unos veinticuatro años de edad. Largos cabellos negros. A juego con el ágata de sus ojos. También negra su vestimenta. Un conjunto satinado que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Modelando cada una de sus curvas.

—¿Quién eres?

La muchacha le sonrió.

Sus labios eran carnosos, húmedos, exultantes...

—Sally Gray. Agente del FBI.

CAPÍTULO VIII

—¿Quieres algo más?

Patrick Murphy denegó con un movimiento de cabeza.

—Eres una magnífica cocinera, Sally.

—Platos preparados —sonrió la muchacha. Sólo hay que descongelarlos. ¿Te preparo café?

—Prefiero un *whisky*.

—Entonces pasemos al... salón.

No había tal salón.

Se encontraron en una *roulotte*. Acampada en uno de los numerosos parques existentes en Miami y destinados a remolques.

Era una *roulotte* amplia y confortable. Los electrodomésticos abatibles. Dotado con aire acondicionado.

Próximo al
sofá-cama

se veía una mesa aparador conteniendo varias botellas y vasos. Patrick Murphy se dejó caer en el sofá.

—Dios... qué paz y silencio se respira aquí...

—Sí. Tengo un apartamento en Miami, pero esto es mucho más discreto. Y más tranquilo que Monti Road.

—Aún no te he dado las gracias por salvarme la vida.

—¿Piensas hacerlo? —preguntó Sally, tendiendo el vaso de *whisky*.

Se miraron a los ojos.

—No, muñeca. Estoy en este maldito embrollo por culpa del FBI. Lo menos que puede hacer es cuidar por mi pellejo. Al menos mientras le sea de utilidad.

Sally se sirvió un vaso de leche.

Se acomodó junto a Murphy.

—¿Cómo te ha ido?

—¡Oh, maravillosamente...! Hardy Buckman me recibió con los

brazos abiertos. No tienes más que verme la cara.

—Lo suponía. Eres como un hijo para Buckman.

—Lo triste es que... me largué con un millón de dólares pertenecientes a la organización.

—Algo hemos oído de eso.

Murphy endureció las facciones.

—¿De veras? Los hombres de Buckman me atizaron una salvaje paliza. No creían el cuento de la amnesia.

—Apuesto que ya se han convencido.

—Seguro. Después de machacarme a placer.

—Cuéntame todo, Patrick. Desde que Buckman fue a buscarte al Sand Hospital.

—Poco hay que contar. Me golpearon para que les entregara ese millón de dólares. Creo que Barbra influyó en que Hardy Buckman tragara lo de la amnesia. Todo parecía ir sobre ruedas, pero al llegar al apartamento de Monti Road nos esperaban tres individuos. Sin duda Buckman ha encontrado el millón de dólares y ya no le soy...

—No, Patrick. Hace unos minutos, mientras terminabas de cenar, he telefonado al inspector Walker. Ya han identificado al hombre que arrojaste por la escalera de incendios. Ralph Stallone. Un fulano adicto a las drogas. Con amplio historial delictivo. El clásico individuo sin escrúpulos. Capaz de todo por un puñado de dólares. Ajeno a la organización de Buckman. También hemos identificado a sus dos acompañantes. Dejaron huellas en el apartamento. Arthur Boyd y Elliot Lom. Dos asesinos a sueldo de baja cotización. Ninguno de ellos opera en Florida. Sin duda están aquí de paso y alguien les encargó el trabajo.

—Matarme.

—Ajá.

—¿Por qué?

—Tenemos algunas hipótesis. Puede que ese millón de dólares lo... «robaras» en complicidad con alguien de la organización. Ahora, al enterarse de la amnesia, no quiere que recuperes la memoria. Estás mejor muerto.

—Bonito panorama.

—No te preocupes. Patrick. Nosotros estaremos cerca. También Buckman te protegerá. Eres su brazo derecho.

Murphy vació el vaso de *whisky*.

—Estoy tentado de enviarlo todo al infierno. ¿Cuánto me pueden echar por la muerte de Glenda Craven? ¿Diez años? ¿Quince...? Los prefiero a convertirme en cadáver.

—No queremos tu muerte, Patrick. Ni que arriesgues la vida. Si algo sale mal, si estás en peligro, no tienes más que telefonar al número que te proporcionó el inspector Walker y entraremos en acción. Aunque se descubra el pastel.

—Conmovedor.

—¿Qué te ocurre, Patrick? ¿No confías en el Federal Bureau of Investigation?

—No.

—Yo daría mi vida por el FBI.

Murphy fijó los ojos en la muchacha.

Con deliberada insolencia recreó la mirada por el cuerpo femenino. Especialmente en los senos presionados por la ceñida tela.

—No dudo que estarán muy contentos contigo. Debes hacer muy buenos... trabajos. Sally sonrió.

—El inspector Walker me habló de ti. Dijo que eras un bastardo. Se equivocó. Eres un hijo de perra pijoja.

Patrick Murphy tendió su diestra.

En veloz movimiento.

Ciñó su mano en torno a la garganta de Sally.

—¿No te contó también que estrangulé a una mujer? Puedo hacerlo otra vez, Sally. ¿Qué te parece si aprieto un poco más?

También el movimiento de Sally fue veloz.

Con el filo de la zurda golpeó el costado derecho de Murphy.

—¿Y a ti qué te ha parecido el...? Patrick... ¡Patrick! ¿Qué te ocurre?

Murphy se había doblado.

Pálido como un cadáver.

—En... en... ese costado me patearon los hombres de Buckman...

—Oh. Patrick... perdóname... Yo no... Espera... Tiéndete... Te aplicaré una pomada milagrosa.

La chaqueta de Murphy ya reposaba sobre una de las sillas.

Sally le desabotonó la camisa.

—Tranquilo. Patrick... respira pausadamente —aconsejó Sally,

manipulando en un bote de crema—. Esto te dejará como nuevo. Ya lo verás. Es de efecto rápido y eficaz.

La muchacha derramó un poco de crema en la palma de su mano derecha. La extendió suavemente sobre el pecho y costado de Murphy. En delicados masajes circulares.

—Te encuentras mejor, ¿verdad?

—Sí, pero sigue... Un poco más abajo.

La joven extendió la crema por el estómago de Murphy.

—Creo que ahora ya...

—Sally...

—¿Sí?

—Un poco más abajo.

Se miraron a los ojos.

Sally obedeció, a la vez que se inclinaba para aproximar sus entreabiertos labios a los de Murphy.

CAPÍTULO IX

Se abrió la puerta del despacho.

Hardy Buckman, acomodado tras la mesa escritorio, alzó la mirada.

Una mueca asomó a su graso rostro.

—¿Dónde le habéis encontrado?

—En el *bungalow* de Miami Beach —respondió McCarey—. Llegó de madrugada en el Ford.

—Podéis largaros. Tú, Patrick, ven aquí.

McCarey y Kelly abandonaron el despacho.

Patrick Murphy se aproximó.

—Bueno, muchacho. ¿Se puede saber qué diablos ocurrió ayer? —inquirió Buckman, reclinándose en el sillón.

—Demasiado lo sabes, Hardy. Intentaste matarme. Tres hombres esperaban en mi apartamento. Dispararon apenas entré con Barbra. Ella está muerta y...

—¡Ya sé que Barbra está muerta! —gritó Buckman, incorporándose pesadamente—. ¡Es lo único que sé! Yo no he dado orden de liquidarte, Patrick. Eres pieza demasiado valiosa en mi organización y quiero recuperarte.

—Junto con el millón de dólares.

Los diminutos ojos de Buckman se iluminaron.

—¿Recuerdas ya...?

—No, Hardy. No recuerdo nada, pero algunas cosas se me van haciendo familiares. Ayer, después de escapar milagrosamente del atentado, deambulé sin rumbo por Miami. Estaba aturdido. Pensé que habías dado orden de matarme y dudé en abandonar la ciudad; pero recapacité. Instintivamente enfilé hacia Miami Beach. Recordaba el camino, Hardy. Fui directamente hacia tu *bungalow* de la playa.

—Eso es magnífico, muchacho.

—La infortunada Barbra me habló algo de la organización. Tal vez él conocer más datos me ayude a recordar, pero no estoy tranquilo. Esos hombres...

—Eran asesinos a sueldo. Tres fulanos de Nueva York. Basura. Voy a apretar las clavijas a Stan Youngson. Estaba muy contento con tu desaparición. Ocuparía tu puesto. Ayer le noté muy contrariado tras conocer tu vuelta al hogar. No debes preocuparte más. Estarás protegido.

—¿Es este tu cuartel general?

—¿La Starfish? —rió Buckman a carcajadas—. ¡No, diablos! Éste es uno de los negocios legales de la organización. Una casa de alta costura. La más elegante de Florida. Una tapadera más, muchacho.

—¿Prostitución?

—Vas recuperando olfato, Patrick, aunque Starfish es de mayor nivel. La prostitución organizada se fundamenta principalmente en nuestros *night-clubs*, *discotecas*, *salas de masaje*... *pero para clientes de categoría suministramos también ganado especial. Dentro de cuatro días llega a Miami Francisco de las Huertas. Es un cacique sudamericano forrado de dinero. Ya es un cliente habitual. Uno de los mejores. Yo mismo me encargo de elegirle*...

Un tenue zumbido interrumpió a Buckman.

Sonrió aproximándose al artístico espejo que adornaba una de las paredes del despacho. Pulsó un camuflado resorte para seguidamente hacer una seña a Murphy.

—Echa un vistazo, muchacho.

El espejo se había convertido en diáfano cristal.

Se podía contemplar una pequeña estancia. Con mobiliario reducido a dos sillas, un armario e infinidad de cajas de cartón etiquetadas.

Apareció una muchacha en la habitación.

Cerró tras de sí.

Abrió la caja depositada sobre una de las sillas.

—Ahora, Patrick —rió Buckman, nerviosamente—. No te pierdas detalle. Comienza el espectáculo.

La joven lucía un vestido camisero.

Se despojó de él, quedando tan sólo con dos reducidas prendas íntimas.

Sentada en una de las sillas procedió a quitarse las medias.

Seguidamente llevó las manos a la espalda, manipulando en el cierre del sujetador.

Sus senos quedaron en libertad.

Unos pechos juveniles. Breves. Puntiagudos. De amplia aureola donde se centraba redondeado pezón.

La muchacha se incorporó para despojarse del *slip*.

De la caja extrajo el bikini.

Fue entonces cuando se aproximó al espejo existente en la habitación.

Hardy Buckman rió maliciosamente.

—Vamos a presenciarlo en primera fila, Patrick. Este transparente cristal es para ella un espejo. No puede vernos ni oír... ¿Qué te parece? Mírala, muchacho...

Murphy no respondió.

Le resultaba vergonzosa aquella situación.

Ahora, dado que la muchacha se había aproximado al espejo, podía contemplar mejor su rostro.

Era muy joven.

De seguro no sobrepasaba los veinte años de edad.

Rostro de serena belleza. Con un cierto halo de candor acentuado por la dulce mirada de sus brumosos ojos.

La joven acopló el sujetador del bikini a sus senos. Los sopesó una y otra vez hasta ceñir la prenda para luego anudar los tirantes a la espalda.

Tomó el pantaloncito.

Lo subió sobre sus largos y esbeltos muslos. Ayudada con repetido movimiento de caderas.

—Diablos... Es perfecta —susurró Buckman, dejando escapar un hilillo de baba—. Hoy desfila por primera vez en el pase de modelos de bañador. Mira... mira cómo se ciñe el...

Murphy giró.

De un buen grado hubiera desdibujado a puñetazos la lúbrica mueca reflejada en el rostro de Buckman.

Le irritaba que aquella bella muchacha fuera devorada por la sucia mirada de Buckman. Que inconscientemente sirviera de carnaza a un degenerado *voyeur*.

Hardy Buckman, ante la retirada de Murphy, pulsó el resorte acudiendo tras la mesa escritorio.

En sus porcinos ojos aún destellaba la lujuria.

—Es una pena no reservarla para mí, pero el negocio es el negocio. Francisco de las Huertas será el afortunado.

—¿Esa muchacha...? Creí que se trataba de una modelo.

—Debuta hoy en la pasarela. Pase de bañadores y complementos de playa. La muy estúpida cree que sirve para modelo. Carece de picardía, desenvoltura... Es demasiado tímida. Su nombre es Stella Daltry. Trabaja en unos grandes almacenes controlados también por la organización. La hemos engatusado con el fabuloso mundo de las modelos.

—Me parece demasiado joven.

—Veintiún años recién cumplidos. Y lo más gracioso es que la chica es virgen. Sí, Patrick. Un verdadero hallazgo. Temí no poder complacer a Huertas. Me solicitó para su próximo desplazamiento a Miami una jovencita virgen. Revisando los reconocimientos médicos de la plantilla de los grandes almacenes Mocky descubrimos el mirlo blanco. Espero que a Huertas no le dé un infarto. Ya ha cumplido los sesenta años. Un perfecto degenerado, pero uno de nuestros principales clientes. ¿Quieres conocer el motivo de su visita? Voy a venderle un auténtico arsenal made in USA.

—¿Armas?

Buckman asintió con suficiencia.

—Francisco de las Huertas quiere formar una guerrilla terrorista en su país. Una vez sembrado el caos y el terror se presentará como salvador del pueblo.

—¿Era cosa mía el tráfico de armas?

—Esto es nuevo, muchacho. He infiltrado a un par de hombres en uno de los almacenes de armamento de la US. Army. En poco más de un mes sacaron clandestinamente armas que yo venderé a Huertas. Un negocio redondo.

—Oye, Hardy... estoy impaciente por recuperar mi identidad. No me gusta la inactividad. Quiero reanudar mi trabajo.

—Eso no puede ser, Patrick. No recuerdas nada del negocio. Tu trabajo era sumamente delicado.

—Quiero al menos conocer lo hecho anteriormente. ¿No llevamos un archivo o algo similar? Puede que el leerlo me ayude a recuperar la memoria.

Buckman dudó.

De ahí que Murphy añadiera:

—Quiero investigar, especialmente, en mi último trabajo con la Rampling Company. Me entregó un millón de dólares, ¿no es cierto? Luego vino mi accidente. Ocurrió cerca del Sand Hospital. ¿Qué hacía yo por allí? Deseo una respuesta, Hardy. Quiero entregarte cuanto antes ese millón de dólares. Cuando recuerde todo encontraré también una explicación lógica que demostrará que no soy un traidor.

Aquellas palabras decidieron a Buckman.

Asintió moviendo su pesada cabeza.

—Puede que tengas razón. Espérame en el *bungalow* de Miami Beach. Cenaremos juntos y podrás echar un vistazo a la caja fuerte.

—*Okay*.

—Dedícate a pasear por Miami, Patrick. Sin preocupaciones. Relajado. McCarey y Kelly te acompañarán.

—Prefiero ir solo.

—Han atentado contra ti y hasta que descubra quién ha sido, debes ir protegido. Haré que te sigan a prudente distancia, ¿de acuerdo?

—¿Has tenido problemas por la muerte de Barbra?

—No. Afortunadamente, nadie te vio entrar con Barbra. La policía ha hecho preguntas, pero te presenté buena coartada. Tú estabas conmigo en Malambo. Cenando con varios amigos que declararon lo mismo. La policía sabe que Patrick Murphy cuenta con enemigos. No le sorprende que se contratara a tres asesinos a sueldo. Tampoco debes preocuparte por el asunto. Tengo amistades entre la policía de Miami.

—Lamento la muerte de Barbra.

—También yo, muchacho. Sé que la querías. Desde tu desaparición cuidé de Barbra como si fuera una hija.

Murphy entornó los ojos.

Fijos en Buckman.

Admirando su descarado cinismo.

Se despidió de Hardy Buckman abandonando el despacho.

Starfish ocupaba la planta baja del 1271 de la populosa Balaban Avenue. Cerca de Dixie Park. En el centro de Miami.

Patrick Murphy se acomodó frente al volante del «Mustang».

Cuando maniobraba para salir del aparcamiento vio aparecer

por la puerta del Starfish a Stella Daltry.

La muchacha, tras rápida mirada a izquierda y derecha de la calzada, se alejó. Murphy la siguió con la mirada.

La vio detenerse en la parada del bus.

Puso en marcha el auto a velocidad reducida hasta frenar junto al borde de la acera.

—Hola, Stella. ¿Dónde quieres ir?

La joven parpadeó.

Reaccionó dedicando a Murphy una cordial sonrisa.

—Buenos días, señor Murphy... ¿Cómo sabe mi nombre?

Ahora fue Patrick Murphy el sorprendido.

—¿Y tú el mío?

—Hace seis meses. En la inauguración de los grandes almacenes Mocky. Patrick Murphy y Hardy Buckman presidían el cocktail. Yo era una más de las empleadas que integran la numerosa plantilla. Soy buena fisonomista y...

El claxon del bus solicitando paso, ahogó las palabras de la muchacha.

Murphy abrió la portezuela del auto.

—Sube.

Stella, tras unos instantes de duda, obedeció.

El «Mustang» enfiló por la Balaban Avenue.

—Te he visto en el pase de modelos y me interesé por tu nombre.

—¿De veras? Era un pase solo para mujeres. Lencería íntima y trajes de baño. No había ningún hombre en la sala.

—Te vi al entrar en Starfish.

—Apuesto que fue mi torpeza lo que le llamó la atención. Aún estoy sorprendida por esta oportunidad. Cuando la señora Harrison me dijo que si quería ser una de sus modelos, creí que estaba bromeando. Yo no sirvo para eso.

Murphy dirigió a la muchacha una fugaz mirada.

—Tienes un bonito cuerpo, Stella. Eres muy atractiva.

La joven colocó instintivamente el bolso sobre sus rodillas. Cubriendo los muslos que la corta falda del vestido dejaba al descubierto.

—Eso no lo es todo. Para ser modelo se necesita mucho más. Así se lo he dicho a la señora Harrison. He renunciado. Quiero volver a

mi puesto en los grandes almacenes.

—¿Han aceptado tu renuncia?

—Pues... la señora Harrison ha sugerido que pose como modelo de ropa interior. Starfish va a lanzar al mercado un nuevo diseño de sujetador que... —Stella enrojeció—. Bueno, yo... la señora Harrison se ha percatado de mi falta de aplomo en la pasarela. Como modelo fotográfica será más sencillo. Mañana debo acudir a un estudio fotográfico para las pruebas. Si no son positivas retornaré a mi puesto en Mocky. Únicamente lo lamentaré por el sueldo. Necesito dinero.

—¿Ambiciosa?

Stella dejó escapar los cascabeles de su garganta en cantarina risa.

—Oh, no... todo lo contrario. Soy una muchacha sencilla. Hace seis años murió mi madre al dar a luz. Y hace poco más de un año falleció mi padre. Me he quedado sola con mi hermano Charly. Lo he internado en un buen colegio para poder trabajar. Quiero lo mejor para Charly. En eso sí soy ambiciosa. Después de mi jornada en Mocky hacía trabajos de traducción. Domino el francés y alemán. Cuando me establezca económicamente, cuidaré yo misma de Charly. Es pequeño y me necesita. No me gusta verle internado. ¿Es usted casado, señor Murphy?

—No.

—Pero le gustan los niños, ¿verdad?

Murphy volvió a posar sus ojos en la muchacha.

Ciertamente era todo un hallazgo.

—¿Tienes que ir a algún sitio determinado, Stella?

—Oh, no... He terminado antes de lo esperado. Al pasar el primer modelo de bikini renuncié a seguir. Tengo la mañana libre, pero no se moleste por mí. Puede dejarme aquí mismo. Tengo mi apartamento en el 1294 de Grant Street.

—Vamos a tomar una copa. Luego te llevaré a casa.

Stella forzó una sonrisa.

—No se enfade conmigo, señor Murphy; pero no acostumbro a aceptar invitaciones.

—No voy a seducirte, Stella.

—Yo no...

Patrick Murphy ya había detenido el auto frente a un *snack*.

Stella, tras dibujar un gracioso mohín, le imitó.

Penetraron en el local, acomodándose en una de las mesas. No había mucha clientela. La sala era acogedora. Amenizada por tenue música ambiental.

Murphy solicitó un vermut con ginebra.

Stella una tónica viuda.

—Apuesto que tampoco fuma —dijo Murphy, encendiendo un cigarrillo.

—Se está burlando de mí, ¿verdad, señor Murphy? Si le parezco mojigata, ¿por qué pierde el tiempo conmigo?

—Te equivocas, pequeña. Te admiro. Es difícil encontrar una muchacha como tú. De ahí que haya decidido ayudarte.

Stella sí tomó la cajetilla de «Real».

Exhaló una bocanada de azulado humo.

—¿Ayudarme?

—Eso he dicho. Y te aconsejo que des crédito a mis palabras — Murphy retiró la llama del encendedor—. ¿Cuándo debes acudir a ese estudio fotográfico?

—Mañana.

—No lo hagas, Stella. Es una trampa.

Stella abanicó repetidamente los párpados.

—No comprendo...

—Van a utilizarte, Stella. Te tienen destinada a un viejo baboso forrado de dólares. Lo de emplearte como modelo formaba parte del plan. Ignoro cómo piensan obligarte, aunque es fácil adivinarlo. Puede que amenacen con represalias contra tu hermano, o tal vez en ese estudio fotográfico. No te harán poses publicitarias de lencería íntima, sino fotografías pornográficas. Te someterán a chantaje. Son cientos los procedimientos a utilizar. De buen grado o por la violencia. Te obligarán a prostituirte. Caerás en las redes de la organización.

La mueca de estupefacción en Stella era casi cómica.

—¿Es... Está bromeando?

—No, Stella. Hardy Buckman, el importante magnate de negocios, es el jefe de una organización del crimen. Todos sus negocios son tapaderas de actividades ilegales. Cientos de muchachas como tú han sido corrompidas y obligadas a la prostitución, al abismo de las drogas... Tú estás a tiempo de

escapar, Stella. No vuelvas a relacionarte con ellos. No acudas a ese estudio fotográfico. Ni tan siquiera a los grandes almacenes Mocky. Busca otro empleo.

—Pero tú... tú eres el secretario particular del señor Buckman —tuteó instintivamente la perpleja Stella—. ¿Formas parte de la organización?

Murphy dudó.

Una fracción de segundo.

Detestaba tener que mentir a la joven, pero no podía correr riesgos.

—Sí.

—¿Por qué me has advertido?

—No lo sé. Un sentimiento estúpido.

Stella inclinó la cabeza.

Lentamente, alzó su mirada enfrentando sus ojos a los de Murphy.

—Gracias, Patrick, gracias... No acudiré mañana al estudio fotográfico ni a Mocky. Estoy en deuda contigo. Si puedo hacer algo por ti...

—¿Por mí?

—Sí, Patrick. Sospecho que necesitas también una mano amiga que te saque del fango. Si algún día te decides no dudes en acudir a mí. Adiós. La muchacha abandonó el local.

Patrick Murphy esbozó una sonrisa.

Stella había sido como una ráfaga de aire puro surcando una densa atmósfera.

Lo único bueno que había encontrado desde su llegada a Miami.

CAPÍTULO X

El Carrusel Center era una de las principales atracciones de Miami. Un edificio donde se podía encontrar todo tipo de diversión. Contaba con doce salas de cinema, un *snack*-bar en cada planta, *discotecas*, salón de bolera, máquinas electrónicas... y una amplia gama de servicios. Desde supermercado a *sex-shop*.

Patrick Murphy llevaba más de quince minutos deambulando por el edificio.

Entrando y saliendo de las diferentes plantas y salones.

Se había afeitado en uno de los locales de peluquería, luego jugó en una «slot-machines», café en el *snack*...

Consultó el reloj.

Faltaban pocos minutos para las cuatro p.m.

Se adentró en la planta cinco.

Ignoraba si tras todo aquel ir y venir había despistado a los hombres de Buckman, pero tampoco le inquietaba.

Sally Gray, la bella agente del FBI, le había citado en una cabina privada de proyección.

A las cuatro horas en punto.

En el Salón Verde. Cabina quince.

En el Salón Azul los corto y largometrajes eran de tema romántico. El Amarillo para películas de aventuras. El Negro para las policíacas y de terror. El Verde...

Murphy no controló una leve sonrisa.

El Salón Verde era el destinado a Filmes clasificados «X».

En la máquina de entrada adquirió las correspondientes fichas. Si era observado no quería levantar sospechas.

Las cabinas-sex se alineaban a izquierda y derecha de la longitudinal sala.

Cabinas de una y dos plazas.

Algunas, las ocupadas, mantenían un piloto rojizo iluminado.

Las cuatro horas en punto.

Patrick Murphy se encaminó hacia la cabina biplaza señalizada con el número quince. Penetró en el locutorio cerrando rápidamente tras de sí.

La cabina era reducida. Formada por dos butacas unidas, una pantalla y un canal de selección con la correspondiente relación de títulos. La iluminación limitada a un piloto fijo.

Sally ocupaba una de las butacas.

Se despojó de los auriculares de audición.

—Hola, Patrick. Llegas en buen momento.

Murphy se acomodó junto a la muchacha, fijando la mirada en la pantalla.

El film era en color. La pantalla reflejaba en aquel instante un primer plano encantador. En escena un lindo perrito. No era el «Pluto» de Disney.

Una mujer de exuberantes formas y el perro.

En obscena zoofilia.

—Eres muy original en tus citas, Sally.

—No me hagas sonrojar, Patrick. Éste es un lugar muy discreto. Y adecuado para Murphy. Lo sorprendente sería verte en el Salón Azul. Tú eres un sibarita del sexo. El porno es el *hobby* de Patrick Murphy. Eso lo saben todos.

Murphy hizo una mueca.

—Sí. Tengo gustos muy refinados.

—¿Cómo fue tu reencuentro con Buckman?

—Cordial.

—¿Y su reacción a la muerte de Barbra?

—Ni tan siquiera pestañeó. Parecía más preocupado por los tres asesinos a sueldo. Sospecha de Stan Youngson. Es el...

—Sé quién es —interrumpió la chica del FBI—. Puede que fuera él quien contrató a los tres individuos. Hemos dado caza a Elliot Lom. Estando en un tugurio de Barrio Drake recibió una llamada telefónica. Una voz le informó de que encontraría cinco mil dólares en una papelería del Krysty Park, y que recibiría diez mil más por liquidar a Patrick Murphy. Elliot Lom aceptó a ojos cerrados. Con los cinco mil dólares encontró una dirección y una llave.

—La del apartamento.

—Eso es. Para Elliot Lom, aun sin ser de Miami, le resultaba

familiar el nombre de Patrick Murphy y su vinculación con la organización de Buckman. De ahí que buscara la complicidad de dos hombres más.

—En definitiva ignora quién le contrató.

—¡Ajá!

—Puede que esta misma noche termine todo.

—¿Qué quieres decir?

—He convencido a Buckman para que me permita husmear en los archivos de la organización. Con la esperanza de que así recupere la memoria. Esta noche me abrirá la caja fuerte del *bungalow* de Miami Beach.

Sally hizo una mueca.

—¿El *bungalow* de la playa?

—¿Tiene otro en Miami Beach?

—No. De ahí mi perplejidad. El FBI ha registrado ese *bungalow*.

—¿Con la correspondiente orden de registro?

—No seas sarcástico, Patrick. En la caja fuerte de ese *bungalow* no guarda nada de interés. Lo hemos comprobado recientemente.

—Yo sólo sé lo que me ha dicho Buckman.

—Me sorprende que se desplace con el archivo al *bungalow*... no obstante irás preparado. —Sally se despojó de su digital reloj de pulsera—. Esto es una cámara fotográfica. Patrick. Apretando él resorte de la mini pantalla se convierte en visor. Sólo tienes que enfocar los papeles y pulsar el minutero, ¿comprendido?

Murphy asintió sustituyendo su reloj por el de la muchacha.

—¿Se sabe algo de Los Ángeles?

—¿Los Ángeles?

—Hablo del asesinato de Glenda Craven.

—Ah... Ignoro la marcha de las investigaciones, pero no debes preocuparte. Tú ya estás al margen del asunto.

—Me gustaría que se cazara al culpable.

—No lo dudes, Patrick. Tarde o temprano caerá. El criminal nunca gana.

—Ése es el título de una película, ¿verdad?

Sally sonrió jovial.

—Eres un tipo estupendo, Patrick. Cuando termine este feo asunto tú y yo tenemos que...

Sally se interrumpió.

Parpadeó con la mirada fija en la pantalla.

También Murphy agrandó los ojos.

La acción del pomo se desarrollaba en una granja. Y la pastora había reemplazado al perro por un fornido tractorista.

Otro primer plano.

La pastora superaba las cualidades de Linda Lovelace y su «Garganta profunda».

Un intermitente piloto parpadeó en uno de los mandos de la pantalla.

—¡Oh, no...! —exclamó Sally—. Ahora no... ¿Tienes una ficha, Patrick? Se termina el tiempo y van a...

La pantalla se eclipsó.

En el momento culminante.

Murphy chasqueó la lengua.

Correspondiendo a la burlona risa de la muchacha.

—Si el viejo Hoover levantara la cabeza... Prohibía a los agentes del FBI leer el *Playboy*.

—Yo soy un agente muy especial, Patrick.

—Sí, lo eres. Sólo así se explica el que vaya a besarte. Patrick Murphy unió la acción a la palabra.

La muchacha ya le esperaba con los labios entreabiertos.

CAPÍTULO XI

Hardy Buckman succionó repetidamente el largo cigarro. Un veguero etiquetado con su nombre. Tabaco cubano.

—A la salida de Starfish te encontraste con Stella Daltry, ¿no es cierto, Patrick? Incluso la invitaste a un *snack*.

—En efecto.

—¿Por qué?

Murphy sonrió con cinismo.

—Sobra la pregunta. Hardy. Máxime después del espectáculo que nos ofreció.

—Esa chica está destinada a Huertas. Después de Huertas será tuya, pero no antes. ¿Comprendido?

—*Okay*.

—Pasemos a mi despacho.

Penetraron en una amplia estancia. Un mueble-biblioteca dominaba una de las paredes. La artística mesa escritorio y los sillones en severo estilo inglés.

Patrick Murphy silbó al contemplar las estanterías repletas de libros.

Grandes obras de los maestros de la literatura. Algunos volúmenes verdaderos incunables.

—Ignoraba que eres un intelectual, Hardy.

—¿Quién, yo...? No he leído un solo libro de éstos, pero son decorativos y valiosos. Prefiero las aventuras de Superman. Un tipo como Clark Kent sería bien recibido en mi organización.

Buckman rió su propio comentario.

Quitó un cuadro de la pared descubriendo una caja fuerte empotrada. Manipuló en la combinación.

Giró hacia Murphy.

Sin abrir la caja.

—Bien, muchacho. Ya puedes coger el libro.

El tercero de tu izquierda. En la primera estantería.

Patrick Murphy obedeció.

Apenas quitar el libro el fondo de la estantería se abatió descubriendo el hueco de la pared. Quedó visible una plancha de acero.

Buckman volvió a manipular en la caja fuerte empotrada.

—Original, ¿eh, Patrick? Las combinaciones de la caja controlan la cámara secreta.

Aquella segunda combinación hizo abrir la plancha de acero.

—Ciertamente original, Hardy. ¿Conocía yo la existencia de la caja?

—Seguro, aunque no la combinación. Tú mismo enviaste al infierno al técnico electrónico que la instaló. Así el secreto de la cámara quedaba asegurado.

Hardy Buckman acudió al mueble-biblioteca.

Del doble fondo descubierto fue sacando varias carpetas que tendió a Murphy.

Cerró la plancha colocando de nuevo el libro.

—Ahí tienes un buen *dossier* de nuestras actividades, muchacho. La mayoría de ellas son tu especialidad. Dedícales el tiempo que quieras. Pernoctarás aquí. Yo regreso a Miami, pero cuatro hombres quedarán para protegerte. No se te ocurra salir. Están conectados todos los sistemas de seguridad y podrías quedar electrocutado en el mejor de los casos. Patrick Murphy depositó las carpetas sobre la mesa.

—Espero no aburrirme.

—Son muy interesantes —aseguró Buckman caminando hacia la puerta—. Ah, me olvidaba... Mañana tampoco salgas de aquí. Éste es un buen lugar. Solitario, tranquilo y sin contaminar. Necesitas paz y reposo. Dedícate por completo al *dossier*.

—¿Estoy prisionero?

El mofletudo rostro de Buckman esbozó una enigmática sonrisa.

—Nada de eso, Patrick, pero éste es el lugar más conveniente. No saldrás de aquí hasta recobrar la memoria. Mañana comenzarán también los tratamientos del doctor Hardwicke. Buenas noches.

Murphy quedó solo en la estancia.

Aquello se complicaba.

Hardy Buckman era zorro viejo. El darle el *dossier*, con la única

esperanza de ayudar a recuperar la memoria, significaba también su encarcelamiento. De allí no saldría con vida. El día en que supuestamente recordara todo firmaría su propia sentencia de muerte.

Patrick Murphy se acomodó tras la mesa escritorio.

Encendió un cigarrillo, echando mano a la primera de las carpetas de negra piel.

Información de los policías sobornables en Miami, Miami Beach, Tampa, St. Petersburg... No sólo policías, sino de jefes de sindicato, políticos y demás influyentes personalidades. También se hacía constar los trabajos realizados, fechas y el pago recibido por el servicio.

Murphy sonrió.

Aquellos papeles harían las delicias del Federal Bureau of Investigation.

Se despojó del reloj.

Comenzó a micro-fotografiar algunos de los folios más interesantes. Fue en la tercera carpeta donde se iniciaban las actividades de espionaje y sabotaje. Contrariamente a la hipótesis del inspector Walker, no estaban los comunistas tras aquello. Eran hombres de Buckman. En su único y exclusivo beneficio. Facilitaba la información al mejor postor. Tampoco los sabotajes eran para desestabilizar la seguridad del país; sino pagados por empresas competidoras.

Cuando Patrick Murphy se disponía a encender el enésimo cigarrillo escuchó un ruido. Parecía proceder del exterior de la casa.

Y a los pocos segundos el estruendo de una ráfaga de ametralladora.

Ahora sí en el interior del *bungalow*.

Patrick Murphy se incorporó con rapidez.

Antes de que llegara a la puerta vio abrirse bruscamente la hoja de madera.

Aparecieron tres individuos.

Uno de ellos encapuchado.

Sus dos acompañantes, con el rostro descubierto, tenían aspecto de sudamericanos. Éstos portaban metralleta «Beretta».

El encapuchado empuñaba una automática «Magnum».

—¡No disparéis! —gritó el encapuchado—. Éste es para mí...

Llegaron tres hombres más.

También de apariencia sudamericana.

—No hay nadie más en la casa, patrón —dijo uno de ellos—. Los hemos liquidado a todos.

—Ya os dije que sería fácil —rió el encapuchado—. Saquead la casa. No encontraréis dinero, pero sí objetos de gran valor.

Los tres individuos se alejaron riendo en desaforada carcajada.

Los dos hombres de la «Beretta» se disponían a registrar en el despacho.

—Dejad esta habitación para lo último —indicó el encapuchado—. Id con vuestros compañeros. Quiero hablar con este... amigo.

Los dos individuos obedecieron.

El encapuchado cerró la puerta de un taconazo.

Avanzó hacia Murphy.

Lentamente.

Sin dejar de encañonarle con la «Magnum».

—¿Quién eres? —inquirió a la vez que sus ojos brillaban con fuerza por los orificios efectuados en la tosca capucha.

—Murphy. Patrick Murphy.

El encapuchado rió.

La carcajada sonó ronca bajo la tela.

Súbitamente dejó de reír para golpear con el cañón de la «Magnum». En el cuello.

Murphy se desplomó acusando el impacto.

—¡He preguntado tu nombre...! ¡Responde con la verdad!

—Ya te lo he dicho... Soy Murphy...

—¡No, maldito...! Tú no eres Murphy —el individuo se despojó bruscamente de la capucha—. ¡Yo soy Patrick Murphy!

* * *

Bien.

La farsa había terminado.

Y se complacía de ello.

Había representado un papel que le desagradó desde el principio.

—Hampton... Peter Hampton.

—Peter Hampton, ¿eh? ¿Del FBI?

—No.

—¿Policía?

—Tampoco. Me seleccionaron por mi parecido contigo.
El verdadero Patrick Murphy volvió a colocarse la capucha.
Sin duda temía que llegara alguno de los sudamericanos.

—Ciertamente pareces un calco, Peter. Has echado por tierra mis planes. Jamás pensé en proporcionar información al FBI, pero sí el quedarme con el millón de dólares. Consciente de la reacción de Buckman simulé mi muerte. Era la única forma de escapar a la persecución y venganza de Hardy Buckman. Ni el mismísimo infierno sería buen escondite para mí. Lo planeé todo a la perfección. Un drogadicto iba conmigo en el Alfa Romeo. Un pobre diablo al que nadie echaría de menos. Lo llevaba inconsciente en el auto. Oculto con una manta. Yo sabía que el FBI me vigilaba. Al llegar al barranco de Streep Rock salté del auto colocando al fulano frente al volante. Había estudiado el terreno. De allí sólo sacarían cenizas. Mi muerte saldría en los periódicos. Hardy Buckman sería el que más llorara mi fallecimiento. Me había llevado un millón de dólares al Más Allá.

—Pero la noticia no apareció en los periódicos.

—No, maldita sea... Aquello me sorprendió. Pasaron los días. Los hombres de Buckman me buscaban como perros rabiosos. Y yo, con un millón de dólares, encerrado en los sótanos de una casa de Dolan Street. Sin atreverme a asomar la nariz. Esperando que alguien diera la noticia de mi... muerte.

—Y entonces aparezco yo.

Patrick Murphy volvió a reír.

—Infiernos... Me quedé de piedra, pero de inmediato comprendí el juego del inspector Walker. No se resignaba a perder la información prometida y presentaba un doble de Patrick Murphy. Ignoro cómo has podido engañar a Buckman y los demás.

—Sufro amnesia. A consecuencia del choque con el Alfa Romeo.

—Muy ingenioso. Un sosias mío, un duplicado del Alfa Romeo, aparente pérdida de memoria... Un buen plan que eclipsa al mío. Si tú consigues la información, desapareces.

Y la organización Buckman volvería de nuevo a la búsqueda de Patrick Murphy. ¡Del verdadero Murphy! Tenías que morir. Tenía que matar a mi doble.

—Fracasaste la primera vez.

—Correcto, Peter. Barbra fue la víctima. Ahora yo dirijo la

operación. No fracasaré. Tu cadáver quedará aquí. Junto con el de McCarey, Kelly y los otros dos. Buckman se resignará a la pérdida del millón de dólares. Se considerará víctima del asalto de un grupo de maleantes. Fue fácil entrar. Yo conozco los sistemas de seguridad del *bungalow*. Mis cinco acompañantes son recién llegados a Miami. Despojos humanos. No me reconocerían, no obstante he tomado la precaución de cubrirme. Es un riesgo que no...

El estruendo de unos disparos ahogó la voz de Murphy.

Ladeó instintivamente la cabeza.

Peter Hampton aprovechó para abalanzarse sobre él.

Rodaron por el suelo.

Los disparos seguían ahora en el interior del *bungalow*. Junto con gritos y exclamaciones. La «Magnum» escapó de la mano de Murphy.

Los dos hombres se incorporaron jadeantes.

Peter Hampton hizo un amago con la derecha aplicando seguidamente la zurda al estómago de su enemigo. Un inmediato golpe tras la oreja izquierda hizo doblar las rodillas a Murphy.

Se aferró a la cintura de Hampton.

Volvieron a caer al suelo, pero con ventaja para Peter Hampton.

Quedó sobre su contrario.

Proyectó el puño derecho contra el encapuchado rostro. Luego el izquierdo. Otra vez el derecho, izquierdo...

En contundentes impactos.

—Ya es suficiente, Peter —dijo una voz femenina desde el umbral—. Lo queremos vivo. Hampton se incorporó con entrecortado respirar.

Dirigió una mirada a la sonriente Sally Gray.

La bella agente del FBI empuñaba un humeante revólver. Tras ella dos hombres más. Al fondo se veía también al inspector Walker junto con tres agentes uniformados.

—Es... Es...

—Sí, Peter. Sabemos quién es —dijo Sally—. Lo hemos oído todo. El reloj es también un eficaz micrófono. De ahí que nos decidiéramos a actuar. Afortunadamente estábamos cerca del *bungalow*. Murphy nos engañó bien... Todo ha terminado. Peter. Has realizado un magnífico trabajo. Son esas carpetas, ¿no?

Hampton no respondió.

Estaba cansado.

Muy cansado.

CAPÍTULO XII

Sally se removió sensual.

Apretujándose contra él.

Quemándole con el fuego de sus labios.

—Me han dado una semana de permiso, Peter. El inspector Walker está dismantelando la organización Buckman. Ahora el trabajo es más bien burocrático. El crimen organizado ha sufrido el más espectacular de los golpes. ¿Qué te parece si pasamos juntos la semana?

—Quiero encontrar trabajo. Puede que me quede aquí. Florida parece ofrecer muchas oportunidades.

—Nosotros podemos...

—No, Sally. No quiero favores del FBI.

—¿Y míos?

La muchacha se volcó nuevamente sobre Hampton.

Unieron otra vez sus labios.

Las manos de Hampton se introdujeron bajo la desabotonada blusa femenina. Aprisionó los endurecidos senos protegidos por fino sujetador.

—Espera... espera, Peter... Voy a ponerme más cómoda.

Sally se incorporó abandonando el salón.

También Hampton se levantó del sofá.

Se encontraba en el apartamento de la muchacha. Enclavado en el centro de Miami. Pequeño, pero acogedor y coquetonamente decorado.

Acudió al mueble-bar.

Mientras se servía un vaso de *whisky* descubrió el álbum de fotos entremezclado con libros y revistas.

Lo cogió.

Sonrió al ver las primeras fotografías.

Sally ya practicaba el nudismo a los nueve años de edad. Pasó

las hojas hasta llegar a las últimas fotografías.

La sonrisa desapareció del rostro de Hampton.

Fue reemplazada por una mueca de estupor, de, ira...

Arrancó una de las fotografías.

Se ajustó la chaqueta depositada sobre una de las sillas del salón.

—¿Qué haces, Peter?

Hampton contempló a la muchacha.

Sally se había puesto una vaporosa *negligé*. Muy corta. Su única prenda. Los senos se transparentaban en toda su turbadora esbeltez. La curva de su vientre. La tenue sombra de su sexo.

Toda una tentación.

Pero en la mirada de Peter Hampton no se reflejaba el deseo.

En sus ojos sólo un destello de desprecio.

—Me voy, Sally.

—¿Irte? —Parpadeó la joven, perpleja—. ¿Por qué?

Hampton no respondió.

Se limitó a arrojar la fotografía a los pies de Sally.

Quedó visible.

Tres muchachas aparecían en la fotografía. Muy sonrientes. Al fondo la Academia de Quántico donde los agentes del FBI realizaban prácticas y perfeccionamiento.

—Qué estúpido he sido, ¿verdad, Sally?

—Peter, yo...

—Glenda Craven. Karen Scott y Sally Gray. Tres bellas agentes del FBI. Qué fácil fue engañar a un ingenuo como yo. La propia Glenda se... «estranguló». La súbita llegada de su compañera Karen me impidió aproximarme a examinar el supuesto cadáver. También la policía surgió de inmediato. Me apartaron de la habitación. Supongo que entonces Glenda se levantaría y junto con Karen brindaría por el estúpido Peter Hampton. Luego en el Departamento de Homicidios... ¡Oh, Dios! Qué buen trabajo el del teniente Lowell. También el del abogado Jagger. Todos metiéndome el miedo en el cuerpo. ¡Y qué decir de la interpretación del inspector Philip Walker!

—Lo lamento, Peter.

—¿De veras?

—Debes creerme. Cuando sucedió lo que imaginamos muerte de

Murphy, el inspector Walker estudió la posibilidad de sustituirle por un doble. Todos los archivos del Federal Bureau of Investigation fueron consultados. La computadora iba seleccionando. Quedaron muy pocos candidatos. Sólo uno llegó a ofrecer todas las garantías de éxito. No sólo por su asombroso parecido físico, color de los ojos, pelo, bronceado de piel e incluso tonalidad de la voz. Se investigó en tu vida descubriendo tus nulas simpatías por el orden establecido y...

—¡Al infierno con eso! Soy un ciudadano amante de su país. Respetuoso con la ley, el orden... y encarnizado enemigo de los que, amparados por esa ley, doblegan la voluntad del pueblo.

Sally se encogió de hombros.

—Lo cierto es que jamás hubieras colaborado voluntariamente con el FBI. De ahí que el inspector Walker simulara el asesinato de la agente Glenda Craven y te tendiera la red.

—Sí, Sally, una red en forma de tela de araña. Una tela de araña, sucia, polvorienta, viscosa... Philip Walker era la deforme y panzada araña. Sus nauseabundas patas formadas por bellas agentes... Glenda, Karen... y tú.

—Sé razonable, Peter. Echa una mirada a lo conseguido. Hemos aniquilado una poderosa organización del crimen. Ciertamente que hemos jugado contigo, te hemos engañado y...

—Adiós, Sally.

—Por favor, Peter —la muchacha le retuvo por el brazo—. Quédate.

Hampton la rechazó.

Sonrió.

Fríamente.

—No, Sally. Si me quedo terminaría por vomitar. Difícilmente puedo controlar las náuseas. Adiós.

Hampton abandonó el apartamento.

Empezaba a anochecer.

Algunos luminosos de neón ya alegraban las fachadas.

Peter Hampton caminó sin rumbo.

Recordaba las escenas en el apartamento de Glenda. Cuando la vio tendida de bruces en el cuarto de baño. Luego los momentos de angustia en el Departamento de Homicidios...

Sacudió la cabeza.

Deseando borrar de su mente aquellos pensamientos.

Encendió un cigarrillo.

Paulatinamente el esbozo de una sonrisa fue asomando a sus labios. Estaba rememorando un nombre y una dirección.

Stella Daltry. El 1294 de Grant Street.

Sí.

Ahora su mente era ocupada por la imagen de Stella. Recordando el candor de su sonrisa, la dulzura de sus ojos...

Le contaría todo.

Que él no era un profesional del crimen, sino un hombre honrado. Un hombre capaz de amar y luchar por una mujer, de trabajar sin tregua para formar un hogar digno, de combatir las injusticias...

Peter Hampton paró un taxi.

Al reclinarsse en el asiento sonrió más abiertamente.

Estaba pensando en el pequeño Charly.

El hermano de Stella.

Le sacarían del internado y...

—¡Eh, amigo! ¿Está soñando? Le he preguntado dónde vamos.

Hampton rió divertido.

Sí.

Estaba soñando planes para el futuro.

—Disculpe... al 1294 de Grant Street.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

NOTAS

[1] Especialista en doblar a los actores en escenas peligrosas. < <